

# LA MONTAÑA



BARCENA DE CICERO  
LA NIÑA ROSA MAZA FERNANDEZ

OBTUBRE 7 DE 1916

BIBLIOTECA  
DE  
REURCO  
DE  
ANTANDER



# LINEA

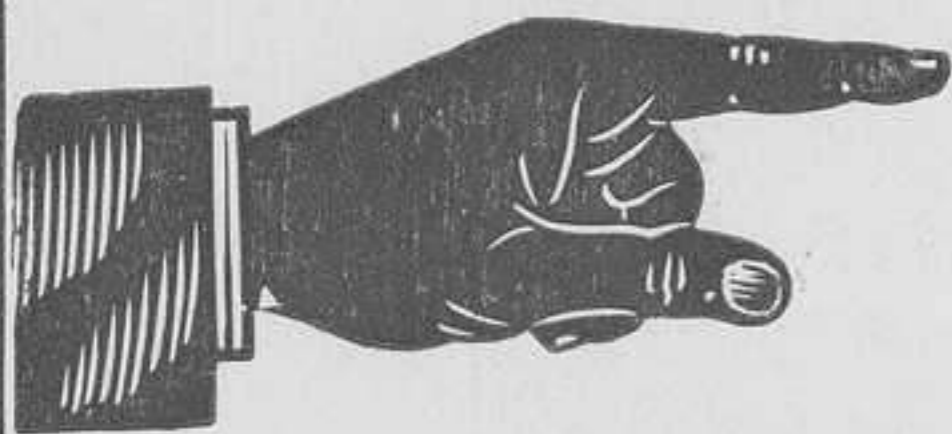
DE

# WARD

PUEDEN OBTENERSE BOLETOS A DISTINTAS CIUDADES DE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL CANADA A PRECIOS VENTAJOSOS CON DERECHO A PERMANECER EN LA GRAN METROPOLI DE

## NUEVA YORK

CUALQUIER DE LOS TRENES MAS RAPIDOS Y SUNTUOSOS DE NUEVA YORK.



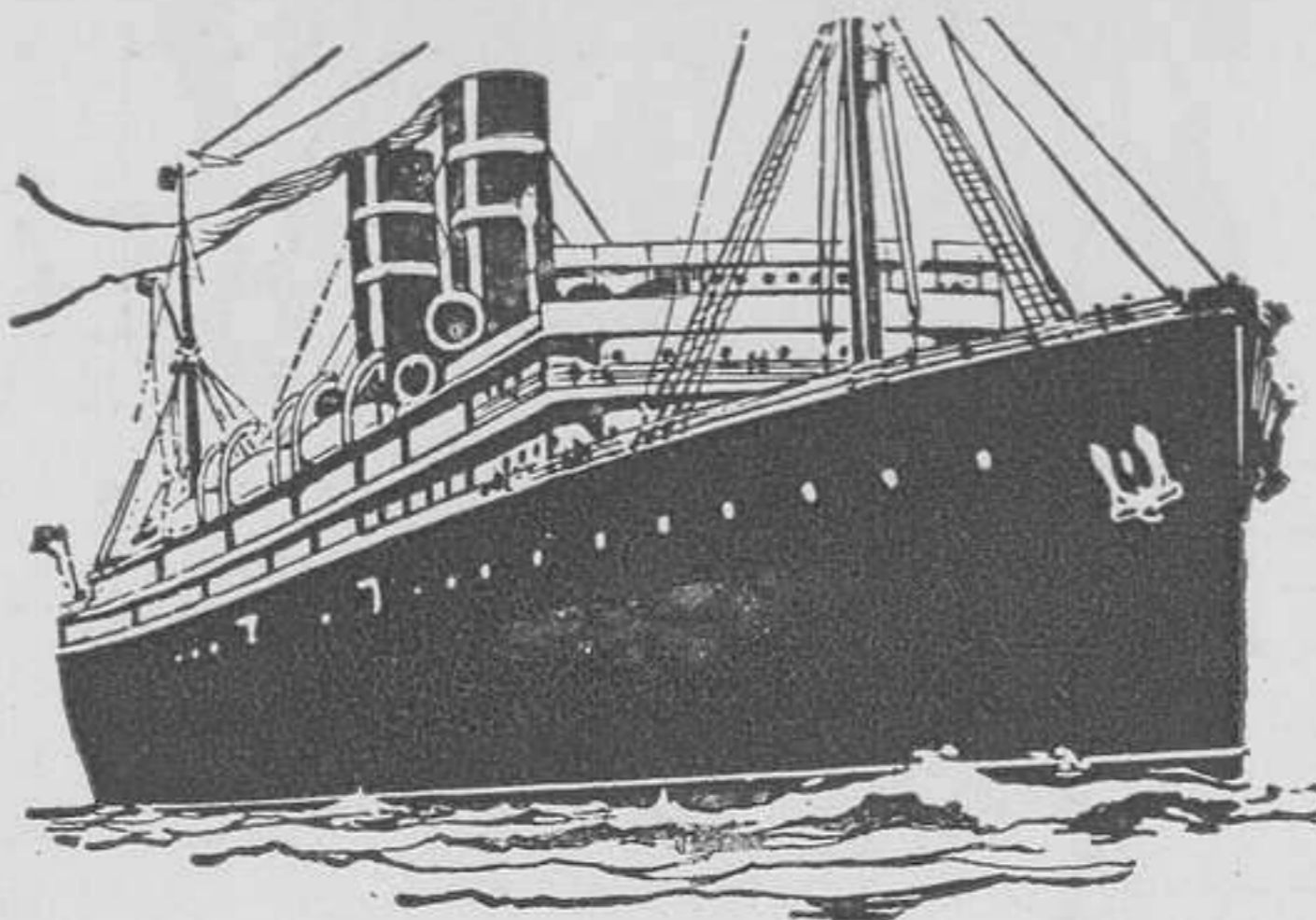
DIRIGIRSE A LA OFICINA DE PASAJES

# LINEA

DE

# WARD

SE DESPACHAN BOLETOS A TODAS PARTES DE EUROPA Y AMERICA DEL SUR.



# LINEA de WARD

## La Ruta Preferida

TODOS LOS PRECIOS INCLUYEN COMIDA Y CAMAROTE EN LOS VAPORES

### SALIDAS PARA NUEVA YORK DOS VECES POR SEMANA

### SALIDAS PARA PUERTOS MEJICANOS CADA QUINCE DIAS

### PRECIOS DE LOS PASAJES

INCLUYENDO COMIDA Y CAMAROTE

Habana a Nueva York, Primera clase, desde. . \$ 40.00 hasta \$ 50.00  
Habana a Nueva York, Intermedia . . . . . 30.00  
Habana a Nueva York, Segunda . . . . . 20.00

Habana a Nassau Primera clase . . . . . \$ 25.00

Habana a Nueva York, incluyendo pasaje por Ferrocarril directo, o pasando por Cincinnati, Chicago o St. Louis a Nueva Orleans regresando a La Habana por vapores de la Compañía Sud Pacífico, o vice versa (Circle Tour) \$ 94.15.

### Tarifa de Pasajes Directos vía New York

PRIMERA CLASE EN VAPOR Y POR FERROCARRIL

#### HABANA A

Boston, Mass.	\$ 45.25	Indianapolis, Ind.	\$ 51.00
Buffalo, N. Y.	48.00	Milwaukee, Wis.	53.70
Chicago, Ill.	52.00	Minneapolis, Minn.	59.15
Cincinnati, Ohio	50.00	Montreal, Que.	50.83
Columbus, Ohio	49.10	Ottawa, Ont.	51.40
Dayton, Ohio	50.00	Pittsburgh, Pa.	49.10
Des Moines, Iowa	57.81	St. Louis, Mo.	54.00
Detroit, Mich.	49.10	St. Paul, Minn.	59.15
Duluth, Minn.	61.29	Toledo, Ohio	49.10
Fort Wayne, Ind.	49.75	Toronto, Ont.	49.90
Grand Rapids, Mich.	51.28	Winnipeg, Man.	69.15

Así como también pasajes a otros puntos de los Estados Unidos y el Canadá. Boletos directos con opción a permanecer en Nueva York durante 10 días y en puntos entre Nueva York y destino según reglamento de los Ferrocarriles.

### W. H. SMITH, AGENTE GENERAL

OFICINA CENTRAL:

OFICIOS No. 24

OFICINA DE PASAJES:

PRADO No. 118

TEL. A-6154





# LA MONTAÑA



**REVISTA SEMANAL DE LA COLONIA MONTAÑESA.**

Acogido a la franquicia postalé inscripto como correspondencia de 2ª clase en la Oficina de Correos de la Habana

DIRECTOR: J. M. FUENTE VILLA	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:	OFICINAS Y ADMINISTRACIÓN:	
	EN LA HABANA, UN MES.....	50 Cts.	AMARGURA 44
	INTERIOR, UN MES.....	60 Cts.	TELEFONO A-8720

AÑO I

HABANA 7 DE OCTUBRE DE 1916

NUM. 41

## PROGRESO

EL progreso lo transforma todo, y en todas partes clava sus garras con furia, como si quisiera desbaratar lo antiguo, destruirlo al golpe de sus avances, e imprimir vida moderna a lo que para él no la tiene porque es vida de otras épocas y otras edades.

La civilización no se detiene en su camino ni hay valla que se oponga a sus propósitos. Se va hacia adelante cuando hay actividad y entusiasmo. Pueblo que duerme en la inacción, se estanca y desfallece. Y cada año que pasa significa en su porvenir un retroceso.

Santander, la ilustre capital de nuestra tierra, es una de las ciudades españolas cuyos progresos admiran, y cuya cultura se va ensanchando por el esfuerzo de sus hijos, que no necesita la "perla del Cantábrico" inyecciones de sabia ajena ni tampoco apologistas entusiastas en esta parte del Nuevo Mundo. Porque más de lo que pudiéramos decir nosotros de Santander, sábenlo los montañeses de Cuba, a quienes tenemos el honor de representar en la prensa, y que periódicamente, en sus viajes confortantes, en sus veraneos a la tierra nativa para respirar sus aires y sentir el inefable placer de extasiarse en la contemplación de las bellezas con que Dios quiso dotarla, son testigos de cómo se hermosea la capital de la Montaña, qué lugar ocupa entre las de la patria y cómo los santanderinos sienten orgullo legítimo al oír las celebraciones que los visitantes extranjeros prodigan a la noble ciudad, noble por sus acciones generosas, por la hospitalidad que brinda sin reserva alguna—que el corazón montañés no encierra falsía—y por su inquebrantable patriotismo.

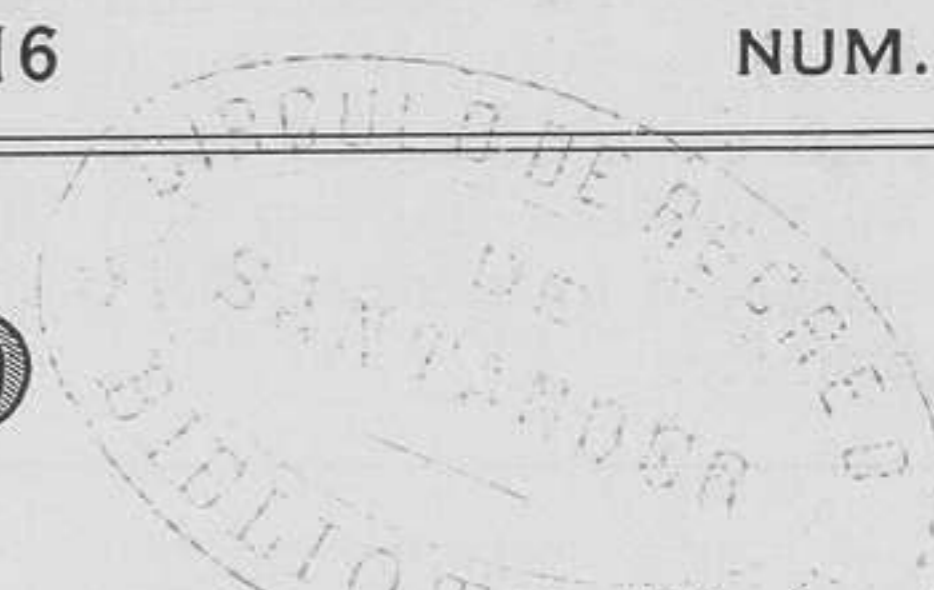
De aquel Santander que el maestro Pereda inmortalizó en lienzos maravillosos de luz y de color, que perpetuamente nos hablarán de la vieja ciudad, apenas si quedan ya vestigios.

Y es que los tiempos dejan huellas en su marcha loca hacia lo nuevo.

Y cae lo viejo, y parece que al caer se lleva tra-

diciones y recuerdos que hacían apacible la vida de nuestros padres, de aquellos buenos montañeses que conoció Pereda y como gala dominguera "vestían de mozos, pantalón de paño azul claro, preferentemente, o remontado de negro cuando estaba ya muy usado; zapato alto con trencilla de color; faja a la cintura, y sobre un chaleco de "pana" o seda "labrada" sin abotonar, con dos orejillas anchas en la espalda unidas con galones o trencillas de colores vivos; en mangas de camisa como las mujeres, y la chaqueta, de paño obscuro, al hombro. En la cabeza sombrero "serrano", algo parecido al de los gitanos granadinos; otros llevaban sombrero de copa alta de un negro mate, de fieltro, con un manojito de siempre vivas sobre un pedazo de pluma de pavo real. En aquellos tiempos muchos viejos usaban todavía calzón corto y polainas, chaleco y chaqueta todo de paño y un mismo color y con botonaduras de metal amarillo. En la cabeza, montera en forma de pilón de azúcar exactamente".

Si los mozos y los viejos no visten ya como los personajes de las novelas de Pereda y que simbolizan el verdadero, el puro carácter montañés, sencillo sin afectación, valiente sin temeridad, sano como respirando a pleno pulmón las brisas de nuestros valles, picaresco en sus dichos e ingenioso, pero con ingenio natural, tampoco las mozas de hoy son aquellas aldeanas cuyo traje de fiesta se componía "de saya de bayeta fina, anaranjada o roja, muy plegada y de escaso vuelo, por esta razón, con una tira de terciopelo negro en la parte de abajo, que nunca pasaba de los tobillos; media blanca "calada" o azul claro, y zapatos escotados con madroños o trencillas de color; justillo de terciopelo catalán rayado, bajo un pañuelo de seda algo cruzado por el pecho y en mangas de camisa, amplias y planchadas sin almidón, como las de los hombres; gargantillas de coral falso o de cuentas vistosas; el pelo en trenzas o en una sola cuando no había pelo para dos, con un lazo de seda al extremo, y en la cabeza otro pañuelo de seda atado arriba con





el pico trasero sobre la trenza y los otros dos flotantes, uno a cada lado. En las orejas pendientes largos y más comunmente grandes anillos planos". En fin, de aquellas garridas mozas a quienes podía aplicárseles la copla popular:

En la ventana soy dama,  
y en el baile soy señora;  
en la misa cortesana,  
y en el campo labradora.

Y si esto se va perdiendo y si el ruido de las máquinas modernas atruena la placidez de nuestros campos, porque la codicia humana busca en ellos vetas de mineral o ensayos de agricultura; y si a la vieja chimenea del tranquilo hogar sucede la gigantesca de la fábrica, que parece con su arrogancia desafiar al cielo, el espíritu, las costumbres, la tradición cristiana, no desaparecerán de nuestros montes y caseríos, de nuestros pueblos y villas, porque es lo que de generación en generación por vínculo de la sangre se transmite.

Santander está hoy completamente modernizado. Es una de las más alegres capitales de España. En pocos años ha sufrido variaciones tan grandes, que diríase que el vértigo del progreso lo envolvió de tal modo que en su incesante destruir y edificar no quiere detenerse. Y se ve como el Santander viejo cede su puesto al moderno, evidente demostración de que la ciudad que el Cantábrico baña, vive la vida de los pueblos que, sin esperarlo todo del apoyo oficial, premioso y débil, se engrandece porque sus hijos la hacen adelantar y crecer, y enamorados de ella la cuidan y la embellecen con cariño.

Saludemos desde aquí al moderno Santander, que los tiempos imponen y hacen triunfar, y vaya también un recuerdo cariñoso de veneración y simpatía al viejo Santander que jamás morirá en el alma de los montañeses mientras las obras de nuestro clásico insigne sigan siendo lo que son: lienzos inmortales de la adorada tierra, reflejo de su luz y de su color, y del alma montañesa.



Recuerdo de la Romería montañesa celebrada en "La Mambisa" el domingo 19 de Septiembre de 1915. Sentados: De izquierda a derecha: don Julian de Solórzano; señor Villalón, en representación del señor Alcalde Municipal; señor Obispo de Pinar del Rio; señor don Pedro Bustillo, Gobernador Provincial; y don Bernardo Solana.



# MADRES VIEJAS

ENTRE día y noche, a esa hora crítica que llamamos también *entre dos luces*, encontramos ahora en la Plaza Mayor a ciertas ancianas señoras que sólo una vez al año se aventuran en tan públicos parajes. Pertenecen a una generación de damas severas que hacían de su hogar un claustro donde voluntariamente se recluían desde el día de su bodas, sin conocer ya fuera de su casa, más camino que el de la iglesia. Pero son estos días aquellos en que por única excepción en el año, atraviesan estas señoras las calles más céntricas de la villa, y cruzan los Portales de la Plaza. Tiene lugar este suceso extraordinario en esa lánguida hora en que muere la tarde y nace la noche, en la suave dulzura estival de este apacible mes de Agosto.

Van tocadas de mantilla estas señoras, y dejan arrastrar solemnemente la cola de sus vestidos negros.

Mientras ellas caminan gravemente dirigiendo hacia un mismo lugar los pasos menudos, unas campanas se alborotan en el fondo de la Plaza con rumoreo sonoro y plañidero, como de voces cascadas; parecen unas buenas viejas alegres que se han puesto a cantar un romance antiguo. Este vibrante canto de metal, no se oye a esas horas en la villa más que una vez al año, y teniendo en cuenta estas especiales circunstancias que vamos apuntando prolijamente, se podría dudar si las campanas tocan porque las señoras aquellas salen de su casa, o si las señoras salen porque las campanas tocan...

Pero nosotras que estamos en los secretos de esta sedentaria vida campesina, sabemos que estos dos sucesos inusitados tienen por único fundamento la novena de la patrona que se celebra con la acostumbrada pompa anual en su capilla de la Plaza.

La Madre de Dios es Madre especial de este pueblo, bajo el título hermoso de la Virgen del Campo, y en su devoción, que el vecindario cultiva fervorosamente, hay una particularidad interesante y maravillosa, toda piedad y ternura de parte de la Virgen.

Cuando se la implora con fé, no deja esta señora morir a ninguna de sus patrocinadas en trances de difícil maternidad, y apenas una triste necesita este supremo auxilio, la campana de la capilla dobla con precipitado anhelo, y el vecindario reza, conmovido; ¡la paciente se salva, y el clamor del milagro deja a los pies de la Virgen una mística nota de gratitud!

Por eso no hay madre en la Villa que no vuelva a Ella los ojos con agradecimiento o con esperanza; y es frecuente ver

a la puerta de la ermita cómo una mujer con un niño en brazos, espera que el sacerdote salga a recibirla con las preces santas de la Purificación.

Otras veces la mujer sola entra de rodillas hasta las gradas del altar y allí con profunda emoción agradece a la Patrona la vida que le debé. Y hay siempre en torno de esta imagen pura, férvidos suspiros de almas femeninas, ofrendas piadosas de manos menudas que han temblado heladas por el soplo de la muerte, y que trémulas de gratitud, presentan a la Virgen sus ricos trajes de novias, sus joyas, sus flores, sus hijos.....

Por eso las madres más viejas, las señoras ancianas que hacen un culto de la austeridad de su vida, cruzan ahora solemnemente las calles céntricas y la Plaza Mayor, apenas las campanas se alborotan en la torre modesta de la capillita blanca.

En la explanada donde esta capilla preside el mejor barrio del pueblo, suelen jugar al corro unas niñas inquietas y bulliciosas, llenas de alegría y encanto.

Y cuando ellas ven pasar hacia el templo esta lenta procesión de mujeres viejas, y enlutadas, suspenden un poco miedosas, su cancioncilla:—*Tengo una muñeca vestida de azul.*

Y no saben las niñas inocentes que esta imagen risueña de muñecas azules trae una dulce sonrisa de remembranzas alegres a las bocas desdentadas de estas madres temblonas, envejecidas en el amor a su hogar y en la devoción a la virgen..

Para estas viejecitas que tienen frío en Agosto, que nos miran largamente con un velo como de lágrimas sobre los ojos mustios, que sollozan cuando rezan y rezan cuando sollozan, para ellas, azaradas las pobres, al cruzar los parajes céntricos camino de la ermita, tenemos ahora toda nuestra contemplación cariñosa, en este desfile de devotos en que la juventud y la hermosura de la generación nueva, floreciente de ilusiones, no nos seduce tanto como esta caduca generación de mujeres buenas y tristes, en cuya historia honrada hay notas memorables de muchas visitas a la Virgen del Campo, hechas fervorosamente con los hijos recién nacidos en los brazos.

Ahora, tal vez en esta última visita, la última novena que hacen a la Santa Patrona... es a ellas, a ellas especialmente, a quienes llama la voz vibrante de metal, que en el fondo de la Plaza se quiebra en plañidera canción piadosa...

## Cantares populares montañeses

CANTARES DEL VALLE DE RUESGA, PARA EL ZURDO DE ESCALANTE

Entre dos que bien se quieren,  
cuando el uno se va fuera  
quién lo pasará más triste:  
¿el que se va o el que se queda?

El que se va vive alegre  
entre jardines y flores  
y el otro queda pensando  
en la flor de sus amores.

Pensando estoy y pensando  
y el pensar me vuelve loco,  
al ver que te quiero tanto  
y tu me quieres tan poco.

El mandilín que perdiste  
ayer tarde lo encontré,  
y luego pensando en tí,  
preso de angustias lloré.

Si quieres ver buenas chicas  
bien ajustadas de talle,  
vete al baile de Mentera  
un domingo por la tarde.

Adios, Santander florido,  
hogar de los montañeses,  
quiera Dios que con salud  
todos volvamos a verte!

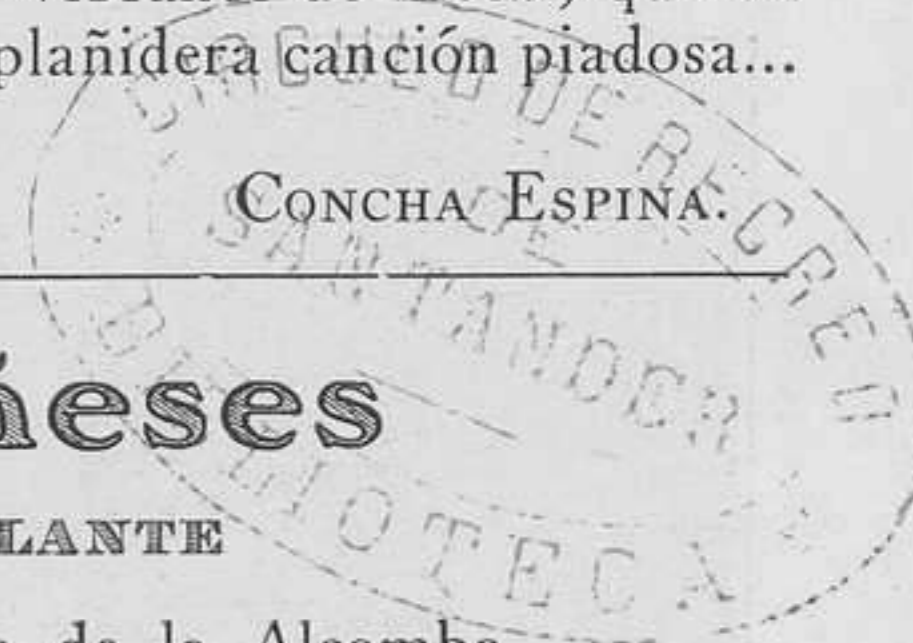
Pueblecillo de la Alcomba  
en buen sitio estás fundado,  
rodeado de agua fresca  
y sombra buena, en verano.

Mi chavala me ayudó  
a subir los escalones:  
cuánto vale tener novia  
en algunas ocasiones!

Director de LA MONTAÑA,  
honra de los montañeses,  
le juro por mi salud,  
ser su amigo para siempre. (1)

B. ORTIZ.

(1) Y nuestro Director sabrá corresponder a tan noble amistad, que acepta agradecido.  
(N. de LA MONTAÑA).





# EL SABOR DE LA TIERRUCA

¿Veis estas mozucas,  
lindas y garridas  
que parecen flores?  
¿Veis estos mozucos  
que con los aperos de los segadores  
dan de la tierruca poética impresión?

No son campesinos  
los que aquí aparecen,  
todos son señores,  
gentes distinguidas,  
que se nos presentan como  
[trilladores  
retratando tipos de nuestra  
[región.

Son, sí, montañeses,  
montañeses puros!  
¿Son de Bostronizo?  
¿Son de Valdecilla,  
de Camargo, Ampuero,  
[Liérganes, Guarnizo?  
¿Son de Santillana? Son de  
[donde son!

Son montañesucos!  
Han nacido todos  
en la ideal Montaña,  
en la tierra hermosa

en la gran tierruca que es honra de España  
y de su corona el mejor florón.

Ved a esas mozucas:  
tienen en sus ojos

negros y rasgados  
toda la poesía  
de los grandes bosques y los bellos prados  
que el encanto forman de nuestra región.  
Ved a esos mozucos:  
son sus cuerpos fuertes



BARCENA DE CICERO.—Preparándose para la faena

como los cayados  
de nuestros pastores,  
son sus sentimientos nobles y elevados,  
y valiente y grande es su corazón.



BARCENA DE CICERO.—Un descanso

Oh, montañesucas  
lindas y garridas  
que pareceis flores!  
Oh, chachus valientes  
que imitar quisisteis a los  
[segadores  
y en nuestra tierruca dichosos  
[vivís!

Felices vosotros  
que de la Montaña  
gozais los primores!...  
Vivid venturosos  
gustando el encanto de  
[aquellos colores,  
de aquellos aromas de nuestro  
[país!



# LA ROMERÍA

**A**SISTIO a nuestra Romería la concurrencia que todos esperábamos. El día estaba claro y sereno. El sol brillaba en lo alto y todo convidaba a que los montañeses celebrásemos nuestra fiesta, que revestía en sí, gran significación por lo que rememoraba.

La misa fué solemne. A las diez de la mañana la pradera estaba ya concurridísima. Se cantó la misa del maestro

La crítica española y cubana halló en nuestro poeta al poeta montañés que alejado de la patria y de su tierra sabe conquistar para ella renombre y gloria, como Casimiro del Collado en México, como Velarde en toda la América que recorrió dejando en ella recuerdos inolvidables de su inspiración.

De no haber sido por lo santo del lugar, la concurrencia hubiera tributado al orador grandes y merecidos aplausos



Altar donde se celebró la misa en la "Bien Aparecida," el domingo 1º de Octubre de 1916

Los dos preciosos ramos de flores artificiales que adornan el altar fueron regalados por la distinguida señora Rosa Calvet, esposa del muy querido comprovinciano don Juan Otero.

Ravanello y ocupó la cátedra sagrada el ilustre profesor de Literatura del Colegio de Belén P. Costa, que pronunció una elocuentísima oración.

Habló, como hasta ahora no habíamos oído a nadie, de la Montaña y sus grandes; del amor de los montañeses a la raza; de su fé; de su devoción a la Virgen Bien Aparecida que los acompaña siempre y por ellos vela y de su nostalgia por la tierra, a la que no olvidan jamás y saben engrandecer en América.

Y barajando nombres de ilustres montañeses sumó al de estos en su discurso, el de nuestro insigne compañero don Francisco Basoa Marsella, talentoso y modesto, que brilla con luz propia en las letras de LA MONTAÑA y las honra aquí con su plectro de oro. *Hojas al Viento*, el último tomo de poesías del esclarecido laredano justifica cuanto decimos.

por su elocuencia y por su conocimiento de la Montaña. Terminado el acto religioso los invitados se dirigieron a la mesa.

Y en la presidencia tomaron asiento el Canciller de la Legación de España en representación del Ministro señor Muriátegui (en viaje hacia los Estados Unidos); el Consul de España; el doctor Celedonio Alonso Maza, Presidente (p. s. r.) del Centro Montañés y dignísimo administrador de LA MONTAÑA; Basoa, el viejo y querido periodista Guillermo Soberón, el doctor Rodríguez Illera, el Director de *La Política Cómica*, señor Ricardo de la Torriente; don José María González Trevilla, ex-Senador del Reino y ex-Alcalde de Santander; José Barquín, Francisco P. Perujo, don Alfredo Incera, digno presidente de la Beneficencia. Lavín, nuestro *Zurdo de Escalante*, don Bernardo Solana,



y muchos más que constituyen la plana mayor de la Colonia Montañesa en Cuba.

Poco después de haber comenzado el banquete hizo su aparición el señor Eugenio Leopoldo Azpiazo en compañía de su hijo Eugenio y de nuestro querido compañero en las lides periodísticas y amigo, siempre don Enrique Rams y Espinosa, uno de los más leales amigos del señor Azpiazo.

La presencia de Azpiazo, de quien habla en otro lugar LA MONTAÑA, fué recibida con grandes vítores tributados al candidato a la alcaldía de la Habana por el partido conservador y al casi paisano, pues Azpiazo procede de tronco montañés. Hubo para él muchos abrazos y felicitaciones.

He aquí el menú servido:

#### ENTREMES

Jamón Gallego (*de un gocho cebado en Rudagüera*)

Salchichón de Lyon (*fabricado por un mozuco de Ruente*).

Embuchado de la Sierra, (*de Sierra Ibio, naturalmente*).

Rábanos y aceitunas, (*de la huerta de un chachu de Quevedo*).

#### ENTRADAS.

Arroz con Pollo, a la *campurriana*.

Chilindrón, a la *montañesa*.

#### ENSALADA.

Lechuga y Berros, del mismo *güertuco* de los rábanos.

#### POSTRES.

Manzanas y Peras al natural.

Vino: Rioja.

Agua Mineral de Isla de Pinos.

Laguer y Cerveza, tipo Munich.

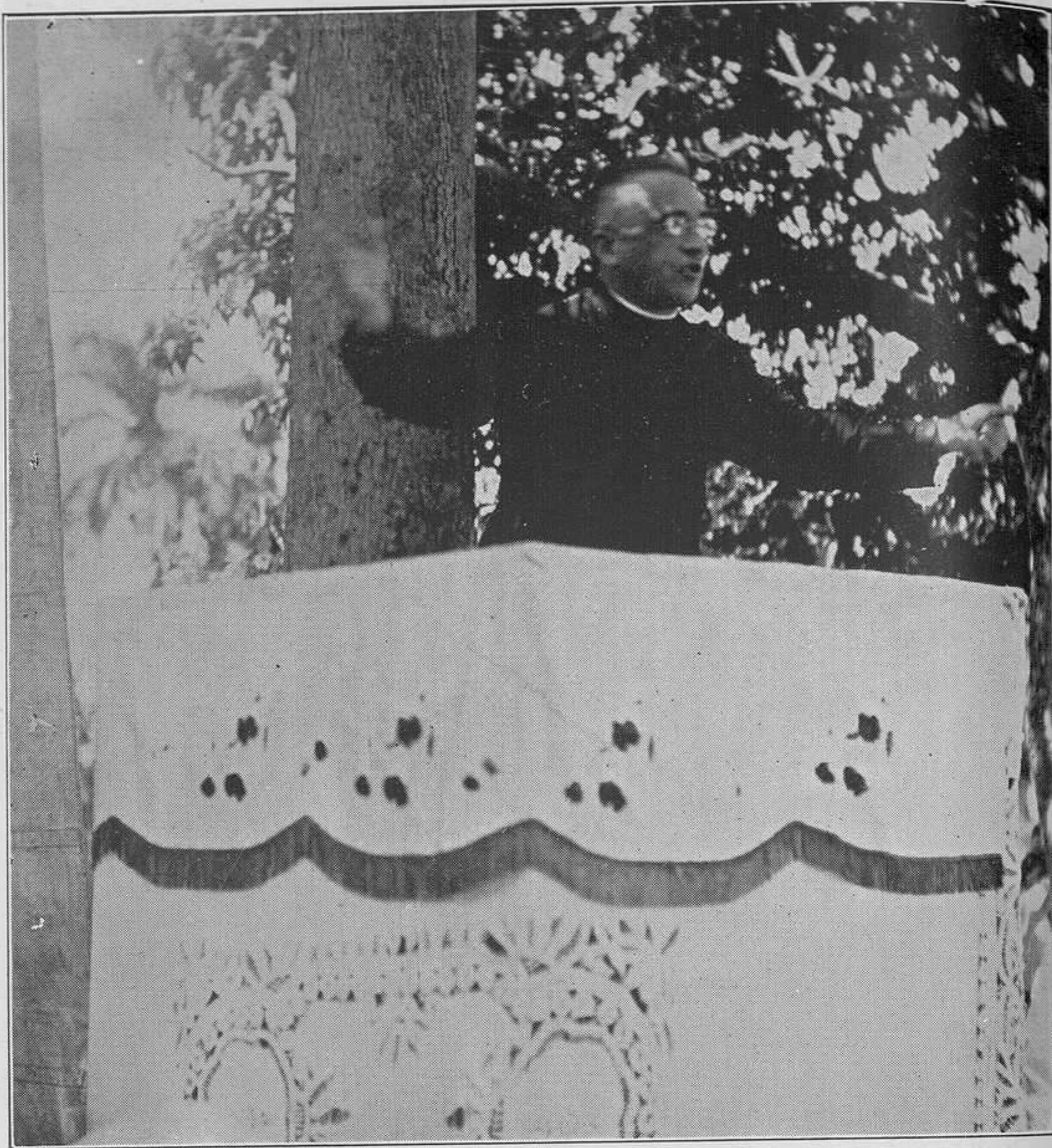
Champagne: Gaitero y Praviana.

Moscatel *Señorita*.

Tabacos de Allones.

El bello sexo tenía lindísima representación como se puede juzgar leyendo estos nombres:

Señoras Mina García de Rivero, Regina Gándara de Heyman, Aurelia Cartaya de Aedo, Lolita Haya de Pérez Emilia Collado de Martínez, Dolores Benitez de Cabo, Francisca Martínez de Murga, Rafaela Rodríguez de Arredondo, Bienvenida Muñiz de Arce, Consuelo Angulo de Crespo, Ana Navarro de Martín, Aurelia Incera de Bonavía, Rosa C. de Otero, y Emilia Navas de Incera.



El Rvdo. Padre P. Costa, profesor de Literatura del Colegio de Belén, pronunciando su elocuente oración sagrada.

Señoritas: Servanda Torres, Consuelito Pérez, Amelia y Nena Curras, Graciela Martínez, Margarita, Rosa y Carmen Pérez, Emilia Fernández, Emilia del Campo, Rosita Urrutia Inocencia, Pilar y Fina Rodríguez, Venturina Lloredo, María Luisa Aguirre, Petra F. Crespo, María Luisa Rodríguez, Rosita Bonavur y otras muchas más.

A la misa asistió invitado especialmente el Excmo. Sr. Don Nicolás Rivero, Director del *Diario de la Marina*, que fué objeto de toda clase de atenciones por parte de nuestra colonia.

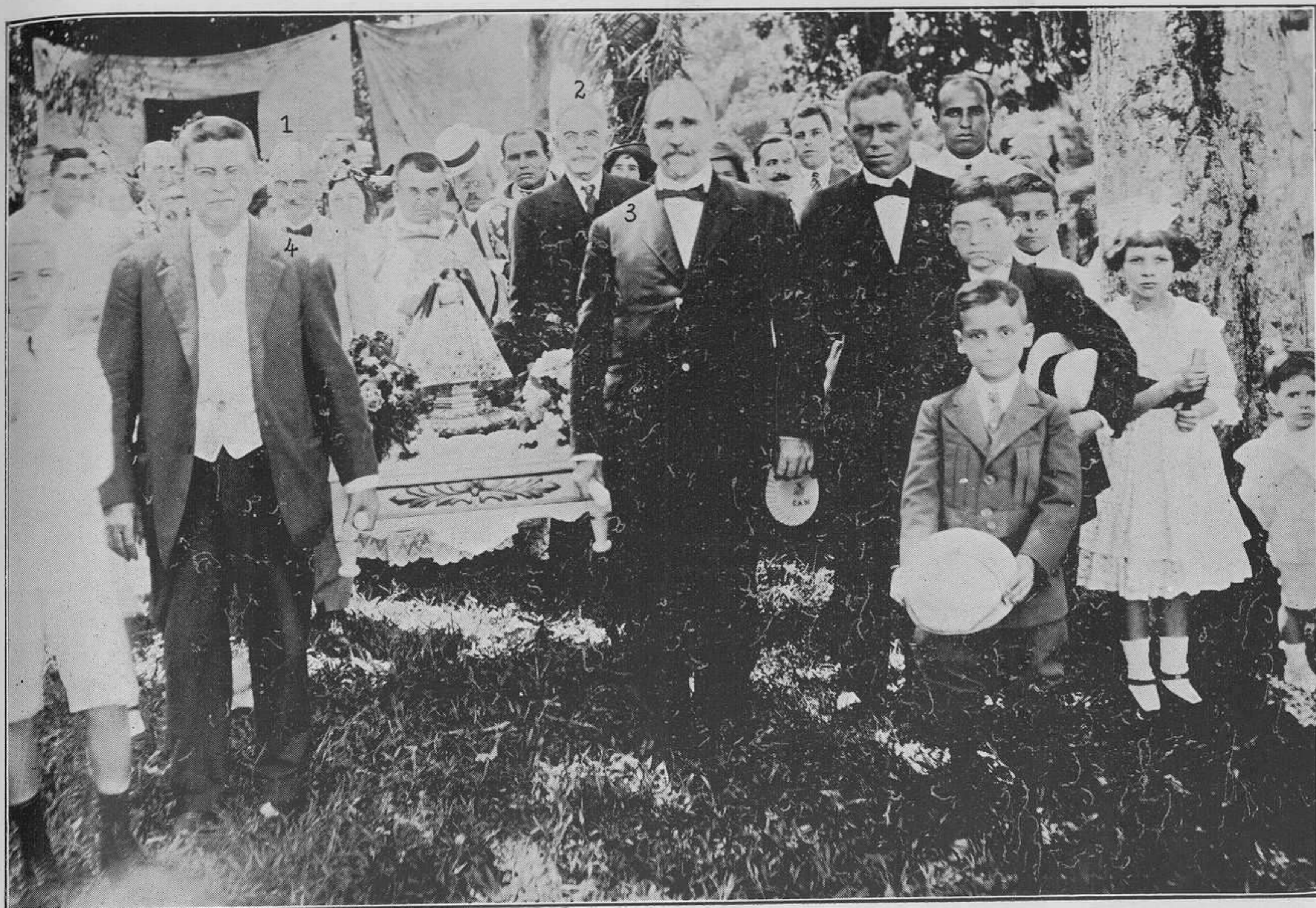
Y después del banquete comenzaron los bailes y los torneos, y la animación duró hasta la hora del crepúsculo, que fueron regresando los romeros a la Habana, con el escapulario de la Virgen y satisfechos de la pasada fiesta y de haber rendido homenaje de amor a la Bien Aparecida, Patrona de los montañeses.

Por hallarse enfermo no pudo nuestro director aceptar la cortés invitación del Sr. Azpiazo para que le acompañara a la romería.

Sepa éste que el Sr. Fuentesvilla no repuesto aun de su molesta dolencia, no olvidará la atención que con él tuvo el popular y simpático político.

Y para terminar felicitemos a la comisión organizadora de la fiesta y permítanos Dios asistir el próximo año a la romería de nuestra Virgen.





ROMERIA MONTAÑESA.—La procesión de la Virgen La Bien Aparecida. No. 1, don Alfredo Incera; No. 2, don Robustiano Ruiz Crespo; No. 3, Dr. Celedonio Alonso Maza, y No. 4, don Gregorio Lavín.

## D. Eugenio Leopoldo Azpiazo

A nuestra romería asistió el Sr. Eugenio Leopoldo Azpiazo, oriundo de montañés y candidato a la alcaldía de la Habana por el partido conservador.

A casi todas nuestras romerías concurrió siempre el señor Azpiazo, venerando así la memoria de su inolvidable padre, natural de Torrelavega. Los abuelos del popularísimo político eran nacidos en Herrera de Ibío.

El señor Azpiazo no negó jamás su origen montañés. Lo tiene a gala, y de su padre ha heredado, ya que no una fortuna, el carácter y el alma montañesa, porque el señor Azpiazo es un hombre generoso y bueno, servicial como pocos, caritativo y afable.

Alrededor del señor Azpiazo ha forjado una leyenda la oposición política, leyenda que queda desvanecida desde el momento que un partido tan respetable y serio como el conservador lo proclama candidato suyo a la alcaldía de esta ciudad.

Esto solo demuestra la popularidad política del Sr. Azpiazo, por nadie puesta en duda.

Hombre de mérito, pues lo es indudablemente quien de modesta posición llega a ser concejal, presidente del Ayuntamiento, alcalde interino, representante a la Cámara y director del "Avisador Comercial" y candidato a la alcaldía de la Habana por el partido conservador, del pueblo procede y al pueblo pertenece, vanagloriándose de ello porque en el señor Azpiazo no hay soberbia. De aquí que en todas partes se le considere como un verdadero demócrata identificado con las aspiraciones populares.

No hemos de hacer profecías sobre el triunfo del señor Azpiazo. Pero como montañeses nos halagaría que fuera alcalde de la Habana quien tiene sobrados títulos para ello y goza del afecto de sus conciudadanos por su corrección y su hombría de bien.

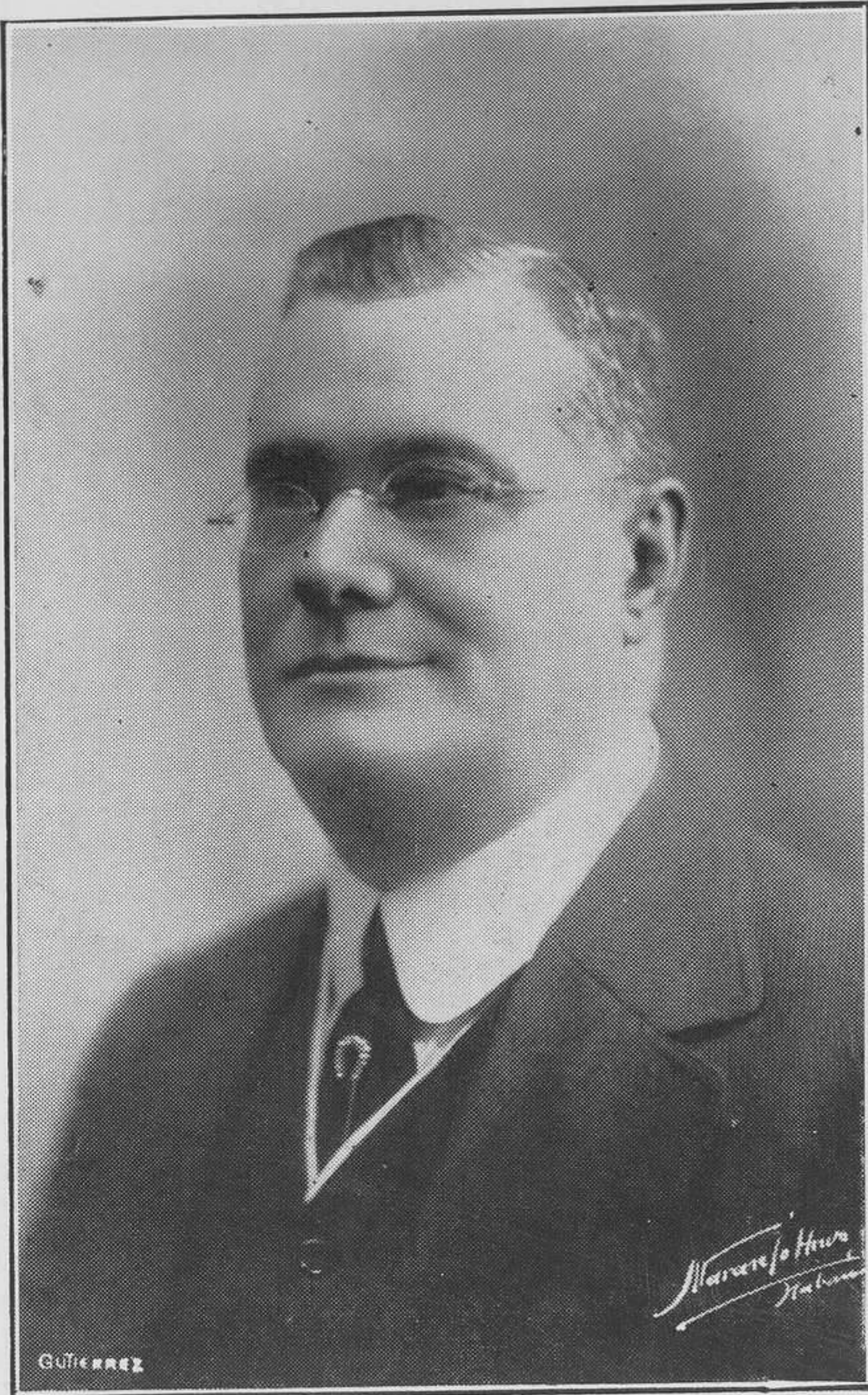
La Habana necesita un alcalde que sepa velar por su





## CASAS MONTAÑESAS

## La Torre de Quijas



**D. EUGENIO LEOPOLDO AZPIAZO**  
Candidato a la Alcaldía de la Habana, por el  
Partido Conservador

progreso, un alcalde sin odios ni pasiones, un alcalde que sepa administrar los intereses de la ciudad. No tenemos necesidad de decir que LA MONTAÑA no es periódico político, ni jamás lo será. Pero al ver como nuestros compatriotas recibieron al señor Azpiazo en el grandioso banquete con que se le obsequió en Miramar por elementos prestigiosísimos de la Lonja y al ver también cómo los montañeses lo agasajaron en la Bien Aparecida creemos un deber sumarnos a éstos, y como montañeses ofrecerle en esta página nuestra adhesión ya que nuestra amistad la tiene bien ganada.

### NUESTRA PORTADA

UN CUEVANO VALIOSO.—¿Quién ha querido esconderse en él?. La gentil niña Rosa Maza Fernández, hija de aquél buen español y buen montañés que en vida se llamó el doctor Miguel de la Maza, catedrático que fué de la Universidad habanera y a quien jamás podrá olvidar nuestra colonia.

LA MONTAÑA saluda orgullosa a la hermosa niña.

ESTAMOS en el escenario de "Ave Maris Stella". Mira, lector; ese río que a nuestros pies corre es el manso Saja, que en la obra escalantina se revolvió furioso con fragores de gesta. A nuestro lado está la torre, la torre solariega de Quijas, que la crecida amenazaba tragar.

—Ahí enfrente—nos dice el señor de la casa, don Antonio Bustamante, marqués de Villatorre—está Peña Mayor, desde donde se disparó la ballesta para el salvamento desesperado. Y todos los nombres de los lugares y de las cosas que nos rodean evocan interesantes episodios y capítulos de la leyenda cántabra. Vispières, Puerto Calderón, Biveda...

Hemos venido a este apartado lugar de Quijas en una tarde venturosa: en los campos y en las almas es todo floración. Y henos aquí sentados en la solana de la casa hidalga, sintiendo resbalar a nuestros pies el río y vigorizando los pulmones con el aire cargado del perfume agreste del cercano monte.

Estamos en el solar de los Bustamante. Es noble entre los nobles de la Montaña. Su mayorazgo fué constituido en el siglo XIV, según cédula que obra en los archivos de la casa.

Dice el Rey don Enrique II el de las Mercedes:

"Por facer bien é merced á Juan Sanchez de Bustamante Ayo del conde don Tello nuestro hermano, por muchos servicios que nos habeis fecho é facedes cada día, é por quanto afan y trabajo habeis habido y pasado por nuestro servicio por vos honrar y heredar en los nuestros reinos de Castilla y de León y que seades mas honrado, que valedes mas ca los que de vos vinieren, damos vos en donación pura y no revocable por juro de heredad, y desto le mandamos dar en nuestra carta, sellada con nuestro sello de plomo colgando.

Dado en Toro, a 30 días de diciembre de 1369 años. Pedro Rodríguez, escribano".

Este documento es el más antiguo que de la historia de su linaje, conservan los actuales marqueses de Villatorre. A éste sigue otro documento por el que Juan Sánchez de Bustamante y su esposa, vinculan la donación en la persona de su hijo. Reza así: "Sepan quantos esta carta vieren, como yo, Juan Sánchez de Bustamante, vasallo de nuestro señor el Rey, é fijo de Garci Sánchez de Bustamante, é yo, María Vélez, fija de Ruy Sánchez de Calderón, otorgamos y concedemos, que por quanto vos, Juan, nuestro fijo sedes, menor de edad y otro sí, sedes en nuestro poder, que vos emancipamos é tiramos de nuestro poder y autoridad, y entendiendo el bien y la merced que nuestro señor el Rey nos fizo, é á vos el dicho Juan nuestro fijo, en que dió poder a mi, el dicho Juan Sánchez, que diese y pusiese mis bienes muebles y raices, que yo gané en la su merced, é tenía, é ficiese en ellos mayorazgo, como yo quisiese, é mi voluntad fuese, é por ende, é por nuestra propia autoridad, que es nuestra, nos fecimos é facemos mayorazgo de la nuestra casa fuerte, de Quixas y todo lo que a ella pertenece con la ferrería y molino que está ceca della, en el agua de Saja é con los palacios y casas y cimientos que en el dicho solar, á do está la dicha ferrería, tenemos fecho é cimentado é face-





**ROMERIA MONTAÑESA.—Grupo de romeros.**

- |                                     |                                   |                                  |                              |
|-------------------------------------|-----------------------------------|----------------------------------|------------------------------|
| 1 Sra. Francisca Martínez de Murga. | 7 Srta. María Luisa Vizcaya       | 12 Antonio Muñiz.                | 17 Domingo Solana Ortiz.     |
| 2 Bernardo Solana.                  | 8 Srta. Manuela Solana Villanueva | 13 Bernardo F. Solana.           | 18 Emilio Ocariz.            |
| 3 Tomás F. Solana.                  | 9 Srta. Rosa Urrutia              | 14 María Solana Villanueva.      | 19 Sabina Solana Villanueva. |
| 4 Srta. Hortensia Vizcaya.          | 10 Pedro Vizcaya Solana.          | 15 Srta. Herminia Vizcaya.       | 20 Srta. Elvira de la Riva.  |
| 5 Eloy Ocariz.                      | 11 Angel F. Angel.                | 16 Sra. Gloria Pellón de Solana. | 21 Pedro Solana Villanueva.  |
| 6 Anacleto Ruiz.                    |                                   |                                  | 22 Josefa de la Riva.        |

mos, é de todas las otras compras y ganancias que habemos fecho, y otras cosas que nos habemos y a nos pertenecen... y en cada una dellas, de todo esto facemos mayorazgo como dicho es. Dada en Vega de Hojamarta (Quixas), a la dicha ferrería, 8 de junio 1378”.

El origen de los Bustamantes es francés, según lo declaran los versos arrogantes e incorrectos de “Gratia dei”:

“VÍ las armas relumbrantes  
de los franceses blasones,  
de los fuertes Bustamantes  
que vienen de emperadores;  
azules trece roeles  
acusan su gran limpieza,  
banda de oro con cabezas;  
de dragantes sobre rojo  
y en orla de vencedores  
las tres celestiales flores  
que declaran su realeza.”

Dice la leyenda que un don Rodrigo de Bustamante, sobrino del Emperador Carlo-Magno, vino a España acompañando a la princesa Berta, que se desposó con don Alfonso

el Casto. Este caballero quedó en nuestras montañas al servicio de su Reina, y fundó las tres casas de Quixas, Alceda y La Costana.

Andando el tiempo nos encontramos a Garci Sánchez de Bustamante, señor de Quixas, a quien Alfonso XI concedió el escudo de la Banda.

No hace falta ser un lince, ni haber revuelto el polvo de muchos archivos, para comprender cómo se edificó esta fábrica venerable, de recia sillería, que el tiempo y las tempestades desmoronan. Primero se elevó la torre cuadrangular que aún conserva sus almenas indemnes. Se alzó para defender el paso del río contra las incursiones de las hordas piráticas que raziaban la costa. El palacio fué muy posterior, y de éste, lo más moderno es la capilla dedicada a San Bartolomé, cuya antigüedad no pasa de doscientos años. Hoy la torre está unida a la casa solariega por dos cuerpos de edificio, de construcción reciente. En medio queda como un patio de armas, que llenan los carros cargados de rozo, de hierba fresca y los aperos de labranza. Todo en el nivel mismo del río, que, cuando crece, mete sus aguas desbordadas por dentro de la finca. Sobre las negras pie-



dras de este patio está señalada la altura que ha alcanzado el agua en las distintas inundaciones. ¿Acaso alguna señal de alguna piedra no marcará también la altura de aquella inundación que dió lugar al dramático episodio narrado por el novelista montañés?

Don Antonio nos va mostrando toda su casa con la afección de un gran señor. Allí está la gran sala que conserva aún, entre la sobriedad de su decoración, el espíritu de la heráldica montañesa. Cubren las paredes grandes lienzos de asuntos religiosos. Un "Martirio de San Bartolomé" arcaico, de factura bárbara y primitiva. La piel del santo, arrancada por el sicario, cae en colgajos sanguinolentos. Otro lienzo es "La Sagrada familia." Otro "Nuestra Señora del Rosario".

Adosadas a la pared hay dos arcas antiquísimas, de primorosa talla; enfrente, otra arqueta, de una respetable antigüedad. Sobre una mesa, un quinqué de petróleo. Todo contribuye a dar una idea de vetustez y de solemnidad. Nosotros nos imaginamos al noble marqués, sentado en esta estancia, escribiendo en rancio pergamino con la pluma de ave de los evangelistas. ¿En qué se diferenciaría entonces de sus antepasados de hace siglos? La vida parece haber pasado por esta mansión sin haber aventado el polvo de los años. Todo está quieto, todo está solemne, todo está lleno de la gravedad de la Historia. Las arcas, ante nosotros, parecen hablarnos de sus nobles destinos. Todas las damas de las generaciones ilustres las fueron confiando sus secretos. ¡Oh lo que saben las viejas arcas familiares, relicarios de siglos y de estirpes!

La sala tiene anchas puertas que se abren a una solana espléndida: mide cerca de treinta metros de longitud. Desde la sala se va también a la capilla señorial. Pasamos a una

alcoba donde hay una cama de talla antiquísima. ¿De dónde vino? ¿Quién la trajo? Los actuales dueños no lo saben. Nos refieren que un día visitó la torre don Antonio Maura y dijo que otras camas de la misma talla había visto en tierra salmantina.

La torre-palacio de Quijas está rodeada de una extensa finca. Tiene anexos molinos, vasta pradería y un extenso y poblado monte. Caso curioso: sus actuales dueños conservan las mismas tierras con que fué constituido el Mayorazgo.

Los Bustamantes entroncaron con los Rivaherreras, marqueses de Villatorre, y heredaron este título. Pero por designio providencial el apellido de Bustamante subsistió. La madre de aquel glorioso héroe de Trafalgar, don Francisco Alsedo, una Bustamante, casó en segundas nupcias con un primo suyo, para que el apellido subsistiera. Y aunque el Alsedo se extinguió, los Bustamantes siguen.

He aquí como describe el caserío y el lugar de Quijas el insigne autor de "Costas y Montañas":

"Enfrente y al mediodía, encaramada sobre un cerro, Quijas, cuyo caserío ondea con el suelo en que se asienta. Desde Cerrazo al río hay una mies de gruesas panojas, donde gustan de abrigarse las liebres; desde Quijas al río un bosque soberbio, vestido de apretados y robustos árboles, cuyos misterios vigila en lo alto una atalaya, cuya entrada defiende en lo hondo un palacio solariego..."

Nada ha cambiado desde que don Amós escribió estas líneas. Sólo la vía férrea cercana que pone la estridencia de una locomotora en la paz del paisaje. Aparte de esto, todo lo mismo. El bosque, soberbio, vestido de robustos árboles, y la mies donde las liebres buscan abrigo....

PICK.

## PAGINAS INMORTALES

# DESCRIPCION DE LA GALERNA

(DE LA NOVELA "SOTILEZA")

Mirad muchachos, lo que nos cuenta Fagalán.

Entonces Andrés, fijándose mucho en lo que le indicaban los pescadores que estaban más cerca de él, vió tres humaredas que se alzaban sobre el cabo. Era la señal de que el Sur arreciaba mucho en bahía. Dos humaredas solas hubieran significado que la mar rompía en la costa.

Malo es el Sur desencadenado para tomarlo la lancha a la vela; pero es más temible que por eso, por lo que suele traer de improviso: el galerzano, o sea la virazón repentina de Noroeste.

De estos riesgos trataba de huir Reñales tomando cuanto antes la vuelta al puerto.

Mirando hacia él, vió que las barquías estaban embocándole ya, y que las lanchas besugueras trataban de hacer lo mismo. Sin pérdida de un instante, mandó izar las velas; y como el viento era escaso, se armaron también los remos. Todas las lanchas de altura imitaron su ejemplo.

Andrés no era aprensivo en trances como aquel; y por no serlo se admiraba no poco al observar que según iba acercándose a las costas se complacía, tanto en ello como horas antes en alejarse. Y tan grandes, tan temibles, tan insuperables aquellas tormentas que le habían arrebatado de su

casa y hecho pasar una noche de perros en un rincón de la Zanguina; que, bien pudo haber sido un poco menos terco con su padre, y con ello sólo se hubiera ahorrado la mala noche y todo lo que a ella siguió, incluso la aventura en que se encontraba, la cual, aunque le había recreado grandemente, le dejaba el amargor de su motivo... y por último, que le inquietaba bastante el poco andar de la lancha. Y con observar todo esto y con asombrarse de ello, y con no apartar los ojos de la nublada faz de Reñales, sino para llevarlos a los no muy alegres de sus compañeros, o hacia los peñascos, cada vez más perceptibles, de la costa, no caía en la cuenta de que todo aquel milagro era obra de un inconsciente apego a la propia pelleja, amenazada de un grave riesgo que se leía bien claro en la actitud recelosa de aquellos hombres tan avezados a los peligros del mar.

Pasó así más de una hora, sin que en la lancha se oyeran otros rumores que el crujir de los estrovos, las acompañadas caídas de los remos en el agua, y el ardiente respirar de los hombres que ayudaban con su fatiga a las lonas a medio henchar. A ratos era el aire algo más fresco, y entonces descansaban los remeros. En los celajes no se notaba alteración de importancia. Por la popa y por la proa se





**ROMERIA MONTAÑESA.—Otro grupo de romeros. Sentados: De izquierda a derecha: Don Gregorio Lavín; don Bernardo Solana; Lcdo. Santiago Rodríguez Illera; don Francisco Basoa Marsella; doña Guadalupe A. de López Dóriga; don Manuel López Dóriga; doña Rosa Calvet de Otero, y doña M<sup>a</sup> Gonzalez de Carral.**

veían las lanchas que llevaban el mismo derrotero que la de Reñales.

Todo iba, pues, lo mejor de lo posible, y así continuó durante otra media hora; y llegó Andrés a reconocer bien distintamente, sin auxilio de ojos extraños, los llanos de Lienres, y luego los acantilados de la Virgen del Mar.

De pronto percibieron sus oídos un pavoroso rumor lejano, como si trenes gigantescos de batalla rodaran sobre suelos abovedados, sintió en su cara la impresión de una ráfaga húmeda y fría y observó que el sol oscurecía y que sobre la mar avanzaban, por el Noroeste, grandes manchas rizadas, de un verde casi negro. Al mismo tiempo gritaba Reñales:

—¡Abajo esas mayores!—¡El tallaviento solo!

Y Andrés, helado de espanto, vió a aquellos hombres tan valerosos, abandonar los remos y lanzarse, descoloridos y acelerados, a cumplir los mandatos del patrón. Un solo instante de retardo en la maniobra, hubiera ocasionado la pérdida de todos; porque apenas quedó izado el tallaviento, una racha furiosa, cargada de lluvia, se estrelló contra la vela, y con su empuje envolvió la lancha entre rugientes torbellinos. Una bruma densísima cubrió los horizontes, y la línea de la costa, mejor que verse, se adivinaba por el fragor de los mares que la batían, y el hervor de la espuma que la asaltaba por todas sus asperezas.

Cuanto podía abarcar entonces la vista en derredor, era espantoso resaltero de olas que perseguían en desatentada carrera, y se azotaban con sus blancas crines sacudidas

por el viento. Correr delante de aquella furia desatada, sin dejarse asaltar de ella, era el único medio, ya que no de salvarse, de intentarlo siquiera. Pero el intento no era fácil, porque solamente la vela podía dar el empuje necesario, y la lancha no resistiría sin zozobrar ni la escalona que llevaba en el centro.

Andrés lo sabía muy bien; y al observar cómo crujía el palo de su carlinga, y se ceñía como una vara de mimbre y crepitaba la vela, y zambullía la lancha su cabeza y tumbaba después sobre un costado, y la mar le embestía por todas partes, no preguntó siquiera porqué el patrón mandó arriar el tallaviento y armar la unción en el castillete de proa. Mas que lo que la maniobra significaba en aquel momento angustioso, heló la sangre en el corazón de Andrés el nombre terrible de aquel angosto lienzo desplegado a la mitad de un palo muy corto. ¡La unción! Es decir, entre la vida y la muerte.

Por fortuna, la lancha la resistió mejor que el tallaviento, y con su ayuda volaba entre el bullir de las olas. Pero éstas engrosaban a medida que el huracán las revolvía; y el peligro de que rompieran sobre la débil embarcación, crecía por instantes. Para evitarle, se agotaron todos los medios humanos. Se arrojaron por la popa los hígados del pescado que iba a bordo y se extendió por el mismo lado el tallaviento flotante. Se conseguía algo, pero muy poco con estos recursos... ¡Huir, huir por delante!... Esto sólo o resignarse a perecer.



Y la lancha seguía encaramándose en las crenchas espumosas y cayendo en los abismos y volviendo a erguirse animosa para caer en seguida en otra sima más profunda y ganando siempre terreno, y procurando, al huir, no presentar a los mares el costado.

A Andrés le parecían siglos los minutos que llevaba corridos en aquel trance espantoso, tan nuevo para él; y comenzaba a aturdirse y desorientarse entre el estruendo que le ensordecía, la blancura y movilidad de las aguas, que le deslumbraban; la furia del viento que azotaba su rostro con manojos de espesa lluvia; los saltos vertiginosos de la lancha y la visión de su sepultura entre los pliegues de aquel abismo sin límites. Sus ropas estaban empapadas en el agua de la lluvia, y la muy amarga que descendía sobre él después de haber sido, lanzada al espacio, como densa humareda, por el choque de las olas; flotaban al aire sus cabellos goteando, y comenzaba a tiritar de frío. Ni intentaba siquiera desplegar sus labios con una sola pregunta. ¿Para qué esa inútil tentativa? ¿No lo llenaban todo, no respondían a todo cuanto pudieran preguntar allí mísera voz humana, los bramidos de la galerna?

Así pasó largo rato mirando maquinalmente como sus compañeros de martirio, con el ansia de la desesperación unas veces y otras con la serenidad de los corazones impávidos, desalojaban, con cuantos útiles servían para ello, el agua que embarcaba en la lancha algún maretazo que la alcanzaba por la popa, ó movían el aparejo, a una señal del patrón en un instante de respiro.

El exceso mismo del honor, suspendiendo el ánimo de Andrés, fué predisponiendo su discurso a la actividad regularizada y la coordinación de las ideas, aunque en una órbita algo extraña a las condiciones de su espíritu constituido como el suyo. Por ejemplo: no discurrió sobre las probabilidades que tenía de salvarse. Para él era ya cosa indiscutible y resuelta el morir allí. Pero le preocupó mucho la clase de muerte que le esperaba; y analizó el fatal suceso, momento por momento y detalle por detalle. Del minucioso análisis dedujo que su propio cuerpo arrojado de pronto en aquel infierno rugiente, en la escala de una proporción rigurosa, representaba mucho ménos que el átomo que cae en las fauces de un tigre con el aire que éste respira en un bostezo. Pero ¿cabía imaginar un desamparo, una soledad, un desconuelo más espantoso en derredor de un hombre para morir? Enseguida pasaron por su memoria, en triste desfile, los mártires que él recordaba de la numerosa legión de héroes, a la cual pertenecían los desventurados que le rodeaban, destinados quizás a desaparecer también de un momento a otro, en aquel horrible cementerio. Y los vió, uno por uno, luchar brevísimos instantes con las fuerzas de la desesperación, contra el inmenso poder de los elementos desencadenados, hundirse en los abismos; reaparecer con el espanto en los ojos y la muerte en el corazón, y volver a sumergirse para salir ya si nó informe despojo de un gran desastre, flotando entre los pliegues de las olas y arrastrados al capricho de la tempestad.

Y viéndolos a todos así, llegó a ver a Mules, y viendo a Mules, se acordó de su hija; y acordándose de su hija, por una lógica asociación de ideas, llegó a pensar en todo lo que le había pasado y fué causa de que él se viera en el riesgo en que se veía. Y entonces a la luz que sólo perciben los ojos humanos en las frontera de la muerte, estimó en su verdadera importancia aquellos sucesos; y se avergonzó de su ligereza, de su insensatez, de sus ingratitudes, de su última

locura, causa, quizá, de la desesperación de sus padres; y volvió en mortal naturaleza a reclamar sus derechos; y amó la vida; y le espantaron de nuevo, los peligros que corría en aquel instante; y temió que Dios hubiera dispuesto arrancársela de aquel modo, en castigo de su pecado.

Temblaba de horror; y cada crujido del fúnebre aparejo, cada estremecimiento de la lancha, cada maretazo que la alcanzaba, parecía la señal del último desastre. Para colmo de angustias, vió de pronto, por su banda flotar un remo entre las espumas alborotadas y en seguida otros dos. También lo vieron los contristados pescadores. Y vieron más a los pocos momentos; vieron una masa negra dando tumbos entre las olas. Era una lancha perdida. ¿De quién? ¿Y sus hombres? Estas preguntas leía Andrés en las caras lívidas de sus compañeros. Notó, que, puestos de rodillas y elevando los ojos al cielo hacían la promesa de ir al día siguiente, descalzos y cargados con los remos y las velas, a oír una misa a la Virgen, si Dios obraba el milagro de salvarles la vida en aquel riesgo terrible. Andrés elevó la cielo la misma oferta desde el fondo de su corazón cristiano.

Por obra de esta nueva impresión, le asaltó otro pensamiento que impregnó de amargura su alma generosa. Si él salía vivo de allí, en su mano estaba no volver a exponerse a tales riesgos, pero los infelices que le acompañaban, aunque con él se salvaran entonces ¿no sentirían amargado el placer de salvarse con los recelos de perecer a la hora menos pensada en otra convulsión de la mar, tan repentina y espantosa como aquélla? ¡Desdichado oficio que tales quiebras tenía! Y fué repasando uno por uno todos los pescadores de la lancha. De todo había allí, desde el mozo imberbe hasta el viejo encanecido; y todos parecían más resignados que él; y, sin embargo cada una de aquellas vidas, era más necesaria en el mundo que la suya. Esta consideración, hiriéndole la fibra del amor propio, infundió algún calor en sus ánimos abatidos.

Y la tempestad seguía desenfrenada, y la lancha corriendo, loca y medio anegada ya, delante de ella. En uno de sus bandazos, estuvo su corel a medio palmo de un bulto que se mecía entre dos aguas, dejando flotante sobre ellas espesos manojos de una cabellera cerdosa.

¡Muergo!—gritó Reñales, queriendo, al mismo tiempo, apoderarse del cadáver con una de sus manos.

Andrés sintió que el frío de la muerte le invadía otra vez el corazón; que la vida iba a faltarle; y sólo un acontecimiento como el ocurrido allí en el mismo instante, pudo rehacer sus fuerzas aniquiladas.

Y fué que Reñales, por coincidir su movimiento, con un recio balance de la lancha, perdió el equilibrio y cayó sobre el costado derecho, dándose un golpe en la cabeza contra el corel. Sin gobierno la lancha, atravesóse a la mar, saltó hecho astillas el palo, y arrebató el viento la vela. . . Andrés entonces comprendiendo la gravedad del nuevo peligro:

¡A los remos! —gritó a los consternados pescadores, lanzándose él al de popa, abandonado por Reñales al caer, y poniendo la lancha en rumbo conveniente con una destreza y una agilidad tan oportunas, que fueron la salvación de todos.

Pasaban entonces por delante de Cabo Menor, sobre cuyas espaldas de roca avanzaban los mares para despeñarse al otro lado en bramadora cascada. Desde allí, o mejor dicho, desde Cabo Mayor, a la boca del puerto, y siguiendo por el islote de Mouro hasta el cabo Quintres y el de Ajo, toda la costa era una sola cenefa de mujidoras espumas que hervían y trepaban, y se asían a los acantilados, y volvían a caer para intentar de nuevo el asalto, el empuje inconcebible



de aquellas montañas líquidas que iban a estrellarse furiosas sin punto de sosiego, contra las inmovibles barreras.

Andrés; empuñando su remo, clavados su piés, más que asentados, en el panel de la lancha; luchando y viendo luchar a sus valerosos compañeros, con esfuerzo sobre humano contra la muerte que los amenazaba por todas partes, comenzaba a sentir la sublimidad de tantos horrores juntos y alababa a Dios delante de aquel pavoroso testimonio de su grandeza.

A todo esto Reñales no movió pié ni mano; y Cole que achicaba el agua sin cesar con otro compañero, a una señal de Andrés que estaba en todo, suspendió su importantísimo trabajo y acudió a levantar al patrón quedado aturdido con el golpe y sangraba copiosamente por la herida que se había causado en la cabeza. Atendiósele lo menos mal que se pudo en tan apurada situación; y con ello fué reanimándose poco a poco, hasta que intentó volver a su puesto, cuando la lancha, cruzando como un rayo por delante del Sardinero, llegaba enfrente de la Cabeza del Caballo. Pero en aquellos instantes, además de la serenidad y de la inteligencia, se necesitaba fuerza no común para gobernar y a Reñales le faltaba esta última condición tan importante, al paso que Andrés, en el punto que se hallaba de la costa, las reunía todas sobradamente.

—Pues ¡adelante!—le dijo el patrón acurrucándose en el panel, porque su cabeza dolorida no podía resistir los azotes de la tempestad—¡y que se cumpla la voluntad de Dios!

¡Adelante! Adelante era acometer el puerto, es decir, jugar la vida en el último y más imponente azar; porque el puerto estaba cerrado por una serie de murallas, de olas enormes, que, al llegar al angosto boquete y sentirse oprimidas allí, parte de cada una de ellas asaltaba y envolvía el escueto peñasco de Mouro, y el resto se lanzaba a la oscura roca, y la henchía, y alzaba sus espaldas colosales para caber mejor; y a su paso retemblaban los ingentes muros de granito. ¿Pero como huir del puerto? ¿A dónde tirar en busca de un refugio? ¿No era un milagro cada instante que pasaba sin que la lancha zozobrase en el horrible camino que traía?

Lo menos malo de aquella situación era que iba a resolverse muy pronto; y esta convicción se leía bien claramente en las caras de los tripulantes, fijas en las de Andrés e inmóviles como si de repente se hubieran petrificado todas a la vez, por obra de un mismo pensamiento.

Ya lo sabe usted, don Andrés—dijo Reñales a éste—enfiliando por la proa el alto de Rubayo y el Codio de Solares, es la media barra justa.

—Cierto—respondió amargamente Andrés, sin apartar los ojos de la boca del puerto, ni sus manos del remo con que gobernaba,—pero cuando no se ven ni el Codio de Solares ni el alto de Rubayo, como ahora ¿qué se hace Reñales?

—Entrar por onde se pueda—, respondió el patrón, después de una breve pausa, y devorando con los ojos el horrible atolladero, que no distaba ya dos cables de la lancha.

Hasta entonces, todo lo que fuera correr delante del temporal era acercarse a la salvación; pero desde aquel momento podía ser tan peligroso el avance rápido como la detención involuntaria; porque la lancha se hallaba entre el huracán que le impelía y el boquete que debía asaltarse en ocasión en que los mares no rompieran en él.

Andrés, que no lo ignoraba, parecía una estatua de piedra con ojos de fuego; los remeros, máquinas que se movían al mandato de una mirada suya; Reñales no se atrevía a respirar. Sobre el monte de Hano había una multitud de per-

sonas que contemplaban con espanto, y resistiendo mal los embates del furioso vendabal, la apuradísima situación de la lancha. Andrés, por fortuna suya y de cuantos iban con él, no miró entonces hacia arriba. Le robaba toda la atención el examen del horroroso campo en que iba a librarse la batalla decisiva.

De pronto gritó a los remeros:

—¡Ahora!... ¡Bogar!... ¡Más!...

Y los remeros, sacando milagrosas fuerzas de sus largas fatigas, se alzaron rígidos en el aire, estribando en los bancos con los piés y colgados del remo con la mano.

Una ola colosal se lanzaba entonces al boquete, hinchada, reluciente, mugidora, y en lo más alto de un lomo cabalgaba la lancha a toda fuerza de remo.

El lomo llegaba de costa a costa; mejor que lomo anillo de reptil gigantesco, que se desenvolvía de la cola a la cabeza. El anillo aquel siguió avanzando por el boquete adentro a las Quebrantas; pasó bajo la quilla de la lancha, y ésta comenzó a deslizarse de popa, como por la cortina de una cascada, hasta el fondo de la sima que la ola fugitiva había dejado atrás. Allí se corría el riesgo de que la lancha *se durmiera*; pero Andrés pensaba en todo, y pidió otro esfuerzo heroico a los remeros. Hiciéronle; y remando para vencer el reflujo de la mar pasada, otra mayor que entraba sin romper en el boquete, fué alzándola de popa y encaramándola en su lomo y empujándola hacia el puerto. La altura era espantosa, y Andrés sentía el vértigo de los precipicios; pero no se arredraba, ni su cuerpo perdía los aplomos en aquella posición inverosímil.

—¡Más!..., ¡más!—gritaba a los extenuados remeros, porque había llegado el momento decisivo.

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente, y la débil embarcación iba a recibir de ella el último impulso favorable Andrés, orzando brioso, gritó conmovido, poniendo en sus palabras cuanto fuego quedaba en su corazón:

—¡Jesús y adentro!...

Y la ola pasó también hacia las Quebrantadas y la lancha comenzó a deslizarse por la pendiente de un nuevo abismo. Pero aquel abismo era la salvación de todos, porque habrían doblado la punta de la Cerda y estaban en puerto seguro.

En el mismo instante, cuando Andrés, conmovido y anheloso se echaba atrás los cabellos y se enjugaba el agua que corría por su rostro, una voz, con un acento que no se puede describir, gritó desde lo alto de la Cerda:

—¡Hijo!... ¡Hijo!

Y Andrés, estremeciéndose, alzó la cabeza, y delante de una muchedumbre estupefacta, vió a su padre con los brazos abiertos, el sombrero en la mano, y la espesa y blanca cabellera revuelta por el aire de la tempestad.

Aquella emoción suprema acabó con la fuerzas de su espíritu, y el escarmentado mozo, plegado su cuerpo sobre el tabladillo de la chopa, y escondiendo su cara entre las manos trémulas, rompió a llorar como un niño, mientras la lancha se columpiaba en las ampolladas colosales de la resaca, y los fatigados remeros daban el necesario respiro a sus pechos jadeantes...



# VIDA MONTAÑESA

**LOS QUE VUELVEN.**—Ya empiezan a llegar a estas playas tras alegres meses de veraneo en Santander los queridos conterráneos que nos abandonaron en la estación estival.

Entre éstos cuéntase don Nicolás Portugal, señora e hija y su hermana política la simpática señorita Carmen Babarro.

El Sr. Portugal, que pudiera decirse que es nuestro compañero por lo mucho que simpatiza con LA MONTAÑA a cuyo progreso puso desde el primer momento sus iniciativas, viene satisfechísimo de las atenciones que recibió en



En la romería de nuestra Virgen estuvo y allí lució su traje de pasiega esta angelical criatura que se llama María Negrete. Orgullosos pueden estar sus padres, montañeses de Gibaja, de tal perla.

Vaya un beso de LA MONTAÑA a la linda pasieguita.

Santander, teniendo el placer de abrazar al que fué su amigo de colegio don Ramón Martínez Pérez, hoy redactor de LA MONTAÑA en aquella capital.

Llegaron también en el "Reina María Cristina" don José Cagigas Haya, procedente de su excursión a su pueblo natal de Escalante y don Bernardino Crespo y su distinguida familia, tan montañés él y tan estimado en el alto comercio por su probidad y solvencia.

Sean bienvenidos tan buenos amigos, cuyo regreso ansiábamos por lo mucho que los apreciamos.

**PROXIMA BODA.**—El distinguido joven don Carlos Blatner, representante en esta República de una de las casas más importantes de Francia (la de Fould Cie.) ha pedido en matrimonio la mano de la gentil y bellísima señorita Caridad Escarrá, hermana política del opulento hacendado e ilustre presidente del Club "Liébana y Peñarrubia" don Blas Casares, respetable amigo nuestro.

El Sr. Blatner es suizo de nacimiento y joven cultísimo y cortés que ha caído rendido ante los hechizos de la bella cubana señorita Escarrá. La boda se efectuará en enero próximo.

Nuestra felicitación sincerísima a la enamorada pareja a la que esperan días de dicha inacabable como merece.

**VISITA.**—Hemos tenido la satisfacción de recibir la visita de nuestro buen amigo don Antonio D. Fuente, conocido y estimado comerciante de Cienfuegos y representante de LA MONTAÑA.

El señor Fuente sabe bien que nuestra casa es la suya y que agradecemos su cortesía, reiterándole una vez más nuestra amistad y ofrecimientos.

**LEONILA GUTIERREZ FALCON.**—Tal se llamó en vida la hija amantísima de nuestro querido comprovinciano D. Ricardo Gutiérrez y su digna esposa doña Leonila Falcón. El miércoles recibió cristiana sepultura en el Panteón de la Beneficencia Montañesa la encantadora niña que a los trece años de edad abandonó este mundo cubriendo de sombras el venturoso hogar de sus afligidos padres.

A la pena que les aflige nos unimos de corazón.

Es de esas que no tienen consuelo, por eso mezclamos con sus lágrimas las nuestras.

## La señora viuda de Pereda

Ha fallecido en esta ciudad la respetable señora doña Blanca Justa Galvez, viuda de Pereda, madre amantísima de nuestro querido amigo el ilustre cirujano director de la Clínica de San Rafael, don José Pereda.

Cuanto llegaron a tratar a la venerable anciana que acaba de bajar a la tumba encomiaron sus grandes virtudes y sus sentimientos caritativos, que han heredado su hijo insigne y su aventajado y estudioso nieto Pepe, digno continuador en día no lejano de los triunfos quirúrgicos de su padre.

Toda la Habana estuvo representada en el entierro de la infortunada señora, demostrando así al doctor Pereda lo mucho que se le admira y quiere en esta sociedad.

No valen frases retóricas en trances tan amargos. El doctor Pereda sabe muy bien que somos amigos leales suyos y que nos identificamos con sus grandes dolores y sus alegrías.

Reciba, pues, el abrazo de pésame de LA MONTAÑA, tan sincero y afectuoso como él se lo merece.



# INMORTAL

A la Excma. Sra. Condesa de Moy, dedica este recuerdo de nuestras glorias castellanas en el año cervantino su reconocido servidor y fervoroso amigo, El Autor.

Malhaya quien tu nombre no pronuncie  
como el nombre amoroso de una madre;  
Castilla, mi Castilla, son tus glorias  
Inmensas como el mar; ¡Castilla, salve!

Naciste al bote de la dura lanza  
De tus bravos guerreros medioevales,  
Con las agrestes cumbres de tus montes,  
Con las verdes llanuras de tus valles,  
Con las túrgiolas ondas de tus ríos,  
Y el rumor de tus bosques seculares.  
Escalaron las sierras tus peones,  
Regó tus llanos la infanzona sangre,  
Floreciendo en los campos la amapola  
Emblemática flor de los trigales,  
Y subieron las góticas agujas  
La estrofa de la fe cantando al aire  
Donde flamea poderosa enhiesta  
La morada bandera de mis padres.  
¡Oh Castilla, de santos y guerreros,  
De ascetas y videntes, Dios te guarde.

Sobre las viejas ruinas de tus muros,  
Entre las piedras hoscas de tus lares,  
En los pétreos escudos del Castillo  
Y en las torres de augustas Catedrales,  
Renace la leyenda de mi patria  
Cuando imperaba sobre tierra y mares,  
Cuando su nombre saludó el Oriente  
De la aurora en los fúlgidos celajes,  
Y su nombre el ocaso bendecía  
En la suave penumbra de la tarde,  
Castilla de las Navas y Granada,  
Castilla de Isabel, deja que cante  
Como un enamorado tus amores  
Tus claros timbres. tus empresas grandes.

Fuiste reina del mundo: tus leones  
Vencedor tremolaron tu estandarte:  
América asombrada, abrió sus puertas  
Y recibió tu Cruz en sus altares;  
Y en las playas de Orán se oyó tu nombre,  
En el sonar de adargas y atabales;  
En el sonar de adargas y atabales;  
Del Tiber en la orilla tu bandera  
Aterró el pecho de la antigua Marte  
La posterosa Roma, y a tus tercios  
Domeñado rindió sus picas Flandes,

¡Oh Castilla! mi Patria vencedora  
De San Quintín y Otumba, tus anales  
Son como el brillo de tu ardiente espada,  
Como las agrias rocas de tus mares,  
Como el azul sereno de tu cielo,  
Como el gigante pecho de tus hijos,  
Como la fe cristiana de tus madres.

Castilla, vieja patria de infanzones,  
Amortajada en polvo de combates  
Envuelta en los girones de un sudario  
Que oculta de los ojos un cadáver,  
No temas que sucumban tus leones,  
Y resuenen estrofas funerales  
En redor de la fosa que han abierto  
Para enterrar tus glorias las edades!  
Aunque mueran los hijos que en Pavía  
Botín de guerra un rey supieron darte,  
Aunque caigan los héroes que en Lepanto  
La media luna hundieron en los mares,  
Y borre el tiempo destructor las ruinas  
De Sagunto y Numancia, y los chacales  
Tengan cubil entre los santos muros  
Donde duermen al pie de los altares  
Pelayo y mío Cid, Colón, Cisneros  
Y cien caudillos más, hijos gigantes  
De una raza inmortal, Castilla Reina,  
Madre Castilla, siempre serás grande,  
Porque tienes un sol que no se eclipsa,  
El sol de tus ingenios que es Cervantes!

Su nombre pronuncié: batid las palmas  
En triunfal himno que su gloria ensalce;  
Doblad vuestras rodillas Soberanos  
Y rendidle el honor del homenaje,  
Porque ante el brillo de su frente sabia  
Las coronas y cetros se deshacen,  
Y es humo el refulgir de los aceros,  
Y el oro y la riqueza nada valen.

Yo quisiera al hablar de tu ingenioso  
Hidalgo de la Mancha, los donaires  
De aquel villano Sancho Panza, sabio  
En consejas de dueñas y refranes,  
De Grisóstomo triste el sentimiento  
Que a Marcela lloraba en sus cantares,  
Y el estro del poeta que rimaba





A Fili y Clori endechas pasionales,  
 La *zalá criastanesca* del Cautivo  
 O de aquel bachiller las nobles artes  
 O que la muy *discreta Altisidora*  
*Desenvuelta doncella* me enseñase  
 A encumbrar la grandeza de tu nombre  
 Manco inmortal, herido en la más grande  
*Yalta ocasión* que contemplara el mundo  
 La tragedia otomana de los mares,  
 Pero es mi voz de niño balbuciente  
 Y donde moras tú sus alas baten  
 Las águilas sublimes del talento,  
 No el pájaro que canta en los zarzales;  
 Pero siento en mi pecho tus amores,  
 Y aquí, en el corazón, tienes altares,  
 Porque hijo soy de castellana tierra  
 La que Dios al nacer te dió por madre.

¡Oh Castilla!, despierta de la tumba,  
 Y sacude los lienzos sepulcrales;  
 ¿No escuchas triunfadora y victoriosa  
 La inmortal lengua que enseñó Cervantes?

Han pasado tus huestes y caudillos;  
 Arriada tu bandera sólo al aire  
 Flamea entre las ruinas polvorientas  
 De tus viejos castillos seculares;  
 Ya no tiene florones tu corona,  
 Y el cetro de tus mundos roto yace,  
 Y el manto de tu púrpura raido  
 Cubre tus desnudeces de vacante...  
 ¡Castilla, mi Castilla!, la que lloran,  
 Aherrojado el león de tu estandarte,  
 Y el negro crespón que cubre el cielo,  
 Y el gemido silente de tus valles,  
 Y el llanto de las crestas de tus montes  
 Y los bronce de antiguas catedrales...  
 Castilla, Patria mía, aunque agonices,  
 Tu nunca morirás, inmortal madre,  
 Que mientras brille el sol habrá quien lea  
 El ingenioso Hidalgo de Cervantes.

Begoña.

C. DE L. GLAUDERO.  
 Capellán de Garellano.

## CUARTILLA SUELTA. -- LA MONTAÑA

Estoy en un brete. Yo no conozco la Montaña, aunque he comulgado con ella en espíritu, leyendo las hermosas novelas de aquel hijo suyo, español a la antigua usanza, de hidalgo tipo ornado de cabellos blancos, blancos mostachos y luenga y cuidada pera nívea, que parecía arrancado de un cuadro clásico de alto asunto.

Por eso os aseguro, sin mentira, que sin haber puesto nunca mis pies en la provincia santanderina, he paladeado con el alma entera el sabor de la tierra. Y me extasié ante sus paisajes paradisiacos, y me sobrecogí profundamente ante los roncros furros de sus galernas, y gocé con sus patriarcales costumbres, con sus idilios campesinos, que son églogas y madrigales, puros y sencillos como las aguas de los arroyos, como esas aguas humildes que reflejan, de idéntico modo que los aldeanos del Norte, siempre la prosáica tierra por entre la cual discurren, y muchas veces el cielo azul, despejado, límpido, sin mácula.

El Cantábrico bravío, que es el mar de mis amores, viene a ser algo así como el espejo grande y sublime, donde España contempla su frente pensadora, plétórica de ansias de progreso. Y si es cierto que en el corazón tienen raigambre profundo los sentimientos, Castilla, la calumniada Castilla, que es la víscera céntrica de la patria común, lleva

sus latidos redentores hasta el lóbulo cerebral de la península ibérica, que la Montaña representa, para hacer allí alarde de europeización lo mismo que las demás provincias hermanas.

El Arte, la Ciencia y la Cultura, esa trilogía divina, que es honra de la humanidad, en Santander tiene representación gloriosa, con Pereda, con Augusto G. Linares y con Menéndez y Pelayo.

...Y con decir lo dicho, he dicho todo, pudiendo decir mucho más de la Montaña.

A. VILLAR PONTE.

Para la fiesta de la Bien Aparecida de 1908, escribió las anteriores líneas el ilustre periodista y escritor gallego don Antonio Villar Ponte, entonces residente en la Habana y hoy en la Coruña, perteneciendo a la redacción de "La Voz de Galicia" y siendo a la vez corresponsal del "Diario de la Marina" y de "La Correspondencia" de Cienfuegos.

Por tratarse de un escritor gallego que ama a la Montaña, reproducimos hoy tan bello trabajo que leerán con gusto nuestros comprovincianos.



# RECUERDOS DE AYER. -- LAVIN

PARA "LA MONTAÑA"

YO no sé si este celeberrimo músico montañés, ha llegado a figurar en los anales de la Historia Montañesa, aunque creo que sí, al menos, si le faltaron méritos como ejecutante, los tuvo de sobra como músico popular, a tal extremo, que no hay un solo montañés que de vez en cuando no dedique un recuerdo al murguista prototipo de lo invariable.

Qué santanderino, dirigiéndose a algún amigo rutinario, no ha recordado el dicho popular: "Te pareces a Lavín; siempre lo mismo, por no *varear*."

A propósito de su rutina y de su popularidad, voy a recordar a mis paisanos una anécdota.

Antes he de decir algo acerca de él y su compañero inseparable, un bombardino en el cual libraban desigual lucha, el metal y el estaño de sus incontables soldaduras, y, que si no figura en el museo junto con la carraca de *Pulga*, ha sido por un olvido imperdonable de nuestros ediles.

Yo no sé qué amigable consorcio existía entre el viejo músico y el viejo instrumento; pues cuando el buen hombre oía alguna burla dirigida a él, le ocultaba bajo los pliegues de su raída capa estrechándole cariñosamente, como diciéndole: no te importen las burlas de estas gentes miserables, que rien de la miseria.

El murguista y el bombardino, eran una ruina unida a otra ruina.

Si al bombardino le hubieran dejado solo, habría ido a parar al rastro, si al murguista le hubieran quitado el bombardino, habría acabado en el asilo de ancianos: los dos juntos, subieron penosamente la espinosa pendiente del calvario al que conduce la miseria unida a la vejez.

Lavín, tenía tres compañeros y, los cuatro, formaban la murga de la cual era director.

De memoria sabían él y los suyos, los domicilios de todos los Josés, Juanes y Pedros de Santander, cosa esta, que no extrañará a nadie, si se tiene en cuenta, que su profesión les obligaba a llevar una lista o directorio con las altas y bajas; los que mudaban de domicilio, los que no *daban*, los que guardaban luto o tenían enfermos, y así por el estilo. Este sistema les ahorra mucho tiempo la noche de la serenata.

Alguien que les hubiera visto en una noche de invierno; envueltos en sus anchas capas, y con un bulto bajo el brazo, consultando su lista a la luz de un farol, les habría tomado por terribles conspiradores.

Sin embargo ellos no conspiraban, simplemente discutían la esplendidez de algún Manuel, para tocarle o no aquella noche.

Después de ponerse de acuerdo partían hacia la morada

del más cercano, y en cuanto dejaban oír las primeras notas del invariable chotis, cuya letra dice:

*Con una falda de percal planchá . . .*

se acercaban los curiosos, y se formaba el gran baile al aire libre.

Había bailadores impenitentes que seguían a los murguistas en su peregrinación hasta altas horas de la noche.

Y vamos a la anécdota.

Como dije antes, era tanta la popularidad de Lavín, y su *banda*, que su nombre sonó hasta en los más apartados rincones de la montaña.

Sucedió que un día unos cuantos vecinos de Revilla, animados de un buen deseo pensaron en contratar la renombrada banda de Lavín, para que tocara en la procesión de la virgen del Cármen; y dicho y hecho, en el acto acordaron que uno fuera a Santander a contratarla.

Llegó el día de la fiesta. El entusiasmo era muy grande pues de todas partes habían acudido romeros. Todos los vecinos acudieron a recibir a los músicos, que entraron en el pueblo tocando el consabido chotis, seguidos del vecindario que les acompañó hasta la iglesia.

Llegada que fué la hora de la procesión, se dispuso todo de manera que esta quedara lo más lucida posible, y se dió la señal de salida.

La banda marchaba detrás de la imagen de la Virgen.

Los músicos le preguntaron a Lavín, como tenían por costumbre, ¿qué tocamos?

—Y este respondió invariablemente, como siempre, "La misma por no *varear*", y haciendo un movimiento con el busto de abajo arriba dió la señal para lanzar al aire las retozonas notas del chispero *chotis*.

Al principio todo iba bien pero pronto aquellas sencillas gentes sugestionadas, se les iba escapando de los labios la letra de la música y empezaron a tararear aquello de:

*Y unos zapatos bajos de charol . . .*

Hasta que se dieron cuenta que habían sido objeto de una burla, y que aquello era una herejía y una falta de respeto a la gloriosa Virgen del Cármen. Entonces fué la gorda. Sobre los pobres músicos cayó una lluvia de palos, y se formó la de San Quintín.

¡Ellos que esperaban una marcha fúnebre, brillantemente ejecutada, digna de la fama de Lavín!..

AURELIO GUTIERREZ,



# Aromas de la tierra

**L**EGARON hasta mí con intensidad estos aromas en la visita a la casa del cantor de las bellezas monta- ñesas; y porque para quien maneja la pluma y bebe en la misma fuente cristiana en que bebía el autor de "So- tileza", "El primer vuelo", "De tal palo tal astilla", "Peñas arriba", y tantas más, es un recuerdo que guardará en esa parte íntima del alma adonde no llegan miradas profanas, y es la realización de un deseo intensamente sentido; al escri- bir gustosa y honrada en las páginas de la revista que os- tenta un título tan montañés y por ende simpático a aquellos que no siendo sus hijos amamos sin embargo a la Montaña, quiero dejar estampada la impresión de esa visita, que con respeto profundo y con admi- ración muy honda pude al fin hacer...

Precisa haber tenido den- tro del corazón todo el entu- siasmo hacia Pereda, cuando aún tocando los límites de la adolescencia y franqueando los de la juventud, sintiendo en el santuario donde germinan los amores y las antipatías también, el anhelo, vago to- davía, pero que bullía in- quieto esperando el momento de luchar con la pluma en el palenque de las letras, para comprender con qué veneración la jovencita que abría por de- cirlo así los ojos a la historia literaria de su patria, que em- pezaba a comprenderla, toma- ría en sus manos el libro del autor laureado, del autor que ceñía la corona de gloria en buena lid ganada, de aquel cuyo nombre estaba habitua- da a escuchar pronunciado

con respeto, y que encarnaba para su novel lectora un ideal de fe, de talento, de ingenio, puesto todo él al amparo de la cruz, en cuyo campo y bajo cuyo estandarte colocaba su saber.

Luego, cuando los años la hicieron sentir con mayor fuerza, pudo y supo apreciar mejor las bellezas literarias de Pereda, y aumentó también en su corazón el afán de visi- tar la morada del ilustre novelista. La tarde no podía ser más montañesa; el cielo de días anteriores, azul, lleno de sol, muy castellano, se había entoldado y teñía con luz melancó- lica la campiña.

En el salón, donde preside un hermoso retrato de Pe- reda, cuya fisonomía inteligente parece irradiar sobre el que la contempla, algo de esa luz que de su alma de poeta, de su corazón de creyente, brotó en sus libros para con ellos hacer el bien y encauzar los espíritus hacia una literatura sana que eleva y tonifica; en el salón, repito, con verdadera emo- ción que no acertarán a entender sino los que son capaces de experimentarla, en vitrina que guarda fiel el tesoro, vi y tuve después en las manos las cuartillas autógrafas de su obra para mí predilecta, "Peñas arriba", en la que conduce al lector por senderos bellísimos, en los que pone al desnudo toda la grandeza del alma de Cantabria y traza con pincel de maestro cuadros como el capítulo del Viático, que no se cansa uno de leer...

¡Aquellas cuartillas eran del "Maestro"!... Sí. ¿Com- prenderéis el respeto con que yo, que ni siquiera me atrevo a llamarme discípula, porque fué el estilo de Pereda tan suyo, que no puede tener imitadores, las miré, creyendo adivinar en los rasgos de la escritura las palpitations íntimas del que las escribió?

Aún me quedaba que visitar el despacho de Pereda, y lo hice, queriendo abarcar en una sola mirada el conjunto de aquella habitación, en que vive su recuerdo conservado con amor por los que a él y tan íntimamente le estuvieron ligados... La mesa en que trabajaba... la "chaise longue" donde descansaba de su trabajo, que jamás inte-



LIERGANES.—El rio Miera

rrumpió, dando un ejemplo de viril resistencia a esos hom- bres que, apenas emprenden la menor labor, decaen y se rin- den, demostrando con ello que la raza, en vez de vigorizarse y presagiar grandeza para la patria, se degenera y deja entre- ver generaciones que la empobrezcan aún más... Los re- tratos de hombres ilustres en Literatura, Música, Teatro, compañeros suyos en el arte, cada cual en alguna de sus ma- nifestaciones y que representaban épocas de gloria para nues- tra España, tan falta hoy de ellas, todo formaba un marco al cuadro, que le avaloraba, y que se grababa en mí alma, entusiasta de la literatura española, y muy especialmente de la de Pereda, con caracteres que serán difíciles de bo- rrar...

En la vida abundan a veces las horas malas, pero surgen de cuando en cuando también las buenas... Una de ellas lo fué la pasada en tan íntimo contacto con el novelista insigne honra y prez de la Montaña, pero al cual queremos, respecta- mos y admiramos los que nacimos lejos de las campiñas que él describió y lejos de las almas que poetizó y engrandeció con el colorido vivísimo de su pluma, jamás manchada en el cieno de la inmoralidad, tan limpia y sana al caer vencida por la muerte como el día que, trémula e indecisa, se agitó en las manos del que soñaba ya con una gloria que tan por completo alcanzó después.

María de ECHARRI.



# ECOS DE CANTABRIA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL)

## DESDE GANDARILLA

Como en esta época del año lo único importante que ocurre por esta parte de la querida *tierruca*, es lo que se refiere al capítulo de romerías, sigamos haciendo la reseña de ellas hasta que nuevos asuntos, más interesantes quizás, llamen nuestra atención.

El día 24 del pasado Agosto se celebró en Estrada, junto a la antigua torre y palacio, donde vió la primera luz del día el inolvidable poeta D. Gumersindo Laverde, la fiesta de San Bartolomé, cuya imagen se venera en vetusta capilla, propiedad del Excmo. señor conde de la Vega del Sella.

Allí se dijo una misa primera, puesto que la mayor, o solemne, se celebró en el inmediato pueblo de Serdio, a cuya parroquia pertenece el citado barrio de Estrada, por el antiguo párroco de allí, hoy de Matienzo, D. Juan Fernández Ortíz, asistido por los de Gandarilla y Prellezo, respectivamente, estando el coro a cargo del ecónomo de Abanillas, don Nemesio Trueba.

Ocupó la sagrada cátedra el ilustrado regente de Pesuís y Pechón, don Miguel Ortíz Velarde, que pronunció un sermón *de circunstancias*, notable por más de un concepto.

La romería, por la tarde en Estrada, estuvo muy animada, puesto que hubo hasta *dos ciegos*, uno pagado por las mozas de Serdio, y otro por los mozos de Estrada. Milagro que no hubo *choque* de músicos, y por ende de bailadores.

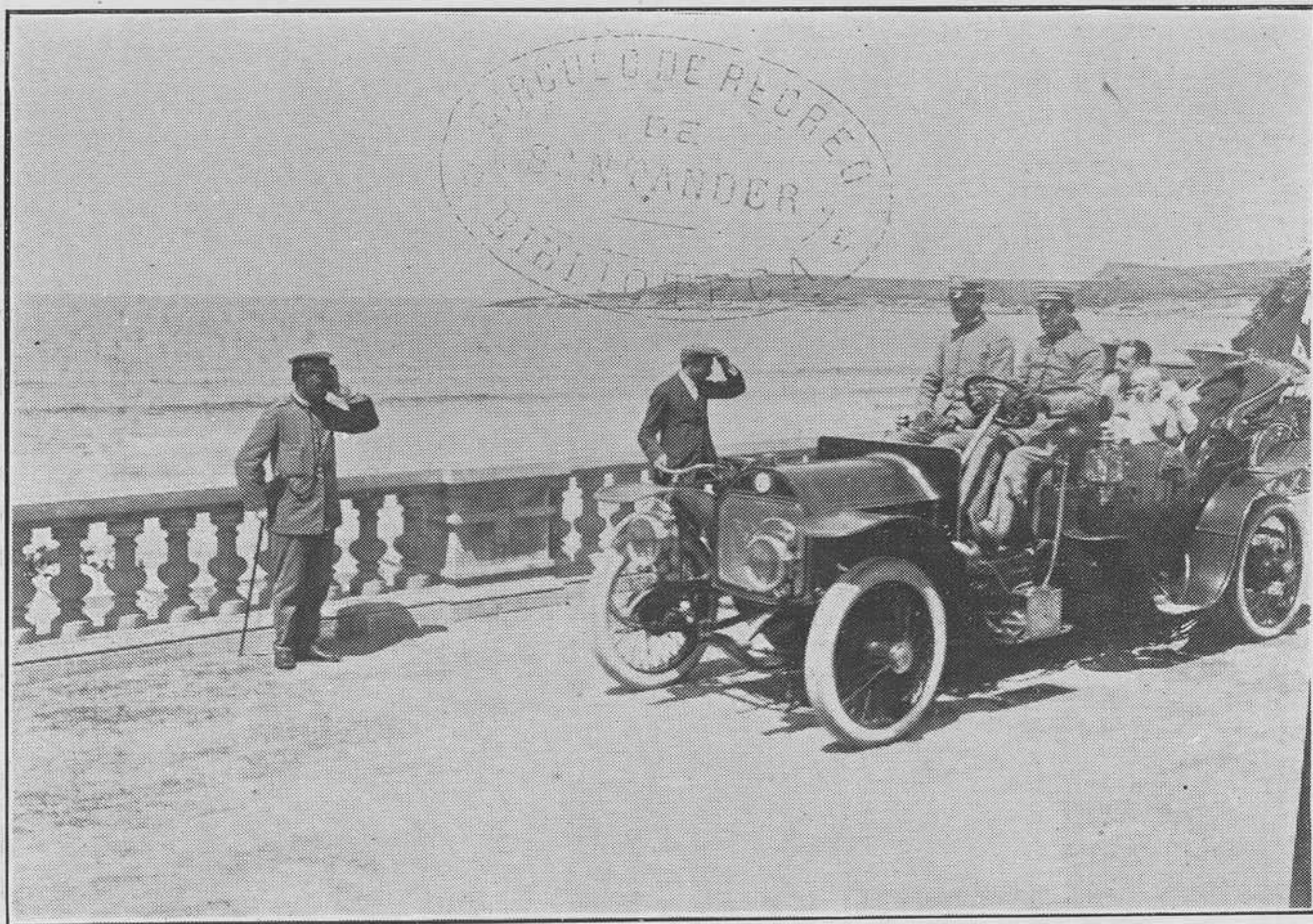
Allí se reunió la juventud de los pueblos comarcanos de Portillo, Gandarilla, Abanillas, Luey, Pesuís, Serdio y La Acebosa, durando la fiesta hasta las primeras horas de la noche, en que *invitados*, *rosquilleras*, *avellaneras* y demás *tratantes* que hay en toda romería montañesa, trasladaron sus *bártulos* a Serdio, donde se hizo la velada, y al día siguiente la romería de San Bartolomé *el chico*, como dicen por aquí, y que se deslució batante, puesto que a la hora del *jaleo* empezó a llover, y así se llevó toda la tarde, teniendo que hacer el baile en la casa-concejo, donde a decir verdad no se cabía *ni de patas* allá.

Por la noche, la velada, estuvo bastante animada y se celebró en el prado de don Antonio García, inmediato a la iglesia.

El día ocho del actual fué la tradicional romería de la

*barquera*, celebrada en la inmediata villa de San Vicente de la Barquera, y en las inmediaciones del histórico santuario, que, orillas del mar, y muy cerca de la boca del puerto, se venera tan milagrosa imagen.

Como el sitio no puede ser más pintoresco un bosquecillo de encinas cruzado en todas direcciones por estrechos y tortuosos senderos que todos *salen* a la plazoleta que hay



La familia Real en Santander.—Don Alfonso y doña Victoria saliendo del baño con sus augustos hijos.

delante de la capilla, donde brota pura y cristalina fuente, son muchísimas las familias, que, acabados los divinos oficios se desparraman por el bosque, y el acantilado de la costa, para *merendar* las provisiones, que ya preparadas, han traído en cestas desde sus pueblos respectivos. Compónense éstas por lo general, de pollos con tomate y pimientos, pescado frito y frutas del tiempo, amen de la bota, que no cesa de correr de mano en mano y muchas veces desde allí *al almacén*, llevada por algun chiquillo para que la llenen otra y otra vez.

Este año la romería de la Barquera, estuvo animadísima bien es verdad que contribuyó a ello mucho el día, nublado y templado en extremo, y la numerosa colonia veraniega madrileños en su mayor parte, que hasta que no pasa ese día, casi ninguno se marcha.

Por la tarde hubo *cucañas*, en la antes hermosa bahía, inmediato al puente nuevo, y baile en *el bombé*, de pito y tamboril, y de banda gallega.

Por la noche gran velada e iluminación en la plaza, y baile y más baile, hasta las primeras horas del día siguiente.



El día 14 se celebró en Bielva (Herrerías) la romería y feria del Santo Cristo de los Remedios, pero como todos los días estuvo lloviendo, valió muy poco tanto la feria como la romería.

Sin embargo, en aquella se hicieron algunas transacciones de vacas del país, sosteniéndose los buenos precios, pero... el concurso de bolos y otros festejos que tenían organizados los socios del "Ateneo juvenil de Bielva" tuvieron que irlos aplazando, de día en día, y últimamente suspenderlos hasta que abonance el tiempo, si es que no resulta ya demasiado tarde.

Apesar de todos estos *contratiempos*, en la tarde del día 14, se bailó a lo alto y a lo bajo, en las inmediaciones de la capilla, mozos y mozas en alpargatas y con el agua, que caía, medio a torrentes, hasta muy cerca de la rodilla.

¡Se necesita valor, y... afición al bailoteo! Al día siguiente ya se bailó en la Plaza de M. Gutiérrez Palacios y allí ya estaba un poco más seco el piso.

Unos mozos, que según me dijeron eran de Camijares, se pusieron a bailar en *abarcas* pero al poco tiempo tuvieron

que tirarlas, porque todos bailaban en *calzado ligero*, menós ellos.

Los muchos *indianos* que hay en Bielva, pasaron los días de la romería, jugando al mus, la flor o tute, en casa de la pasiega y demás *centros recreativos*.

Hasta la próxima.

J. GUTIERREZ DE GANDARILLA.

Septiembre 18 de 1916.

No hemos recibido con la puntualidad de siempre los *Ecos* de nuestro redactor en Santander, pero lo atribuimos al exceso de correspondencia venida en el "Cristina" y no haberla aún despachado toda el Correo al emplanarse LA MONTAÑA.

R. MARTINEZ PEREZ,

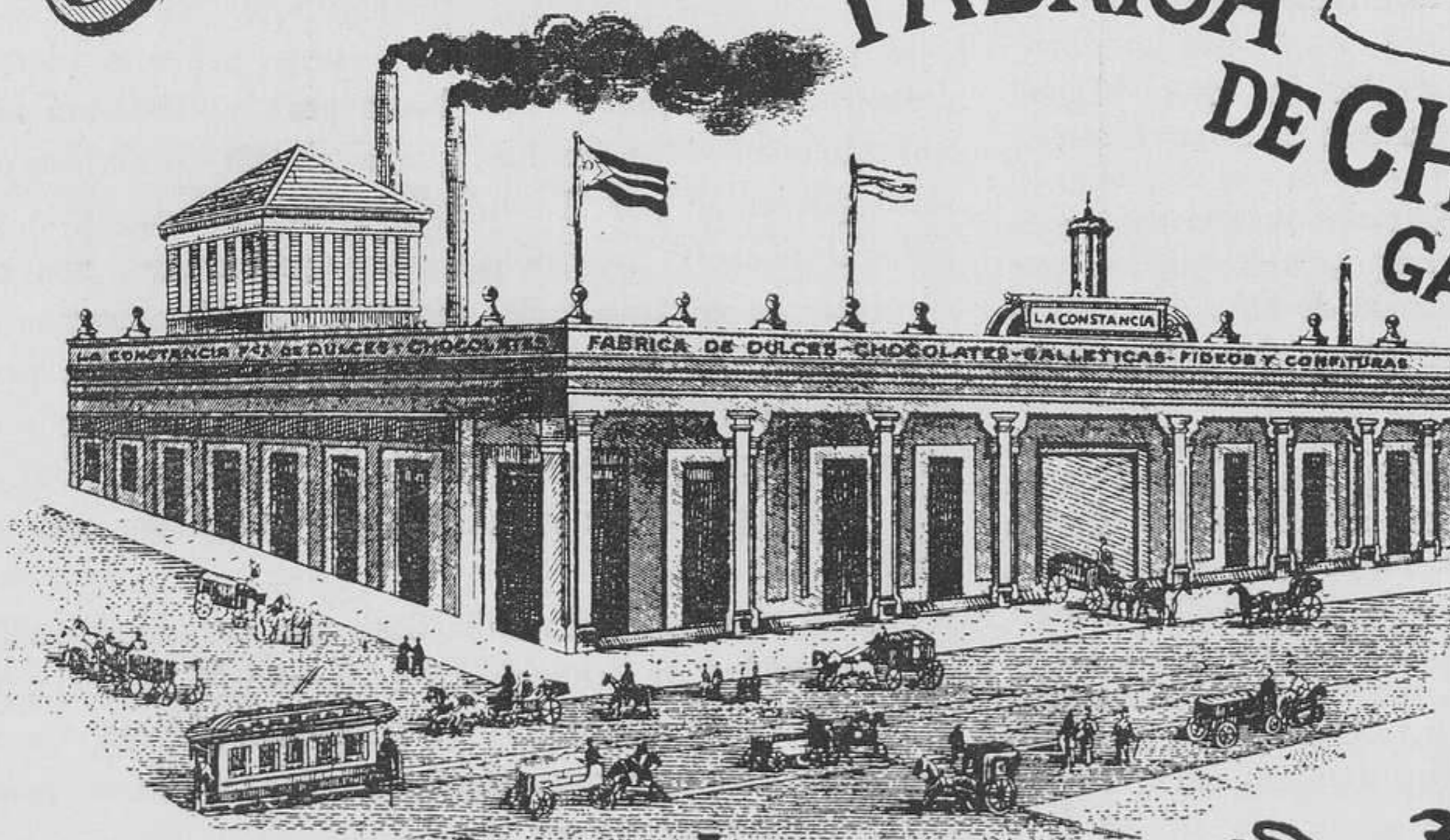
redactor de "LA MONTAÑA" en Santander, se hace cargo en dicha ciudad de la administración de bienes o fincas, y de la gestión de toda clase de asuntos.

Se dan garantías.

# La Constanca

FABRICA

DE CHOCOLATES  
GALLETICAS  
FINAS



DULCES  
Y FIDEOS

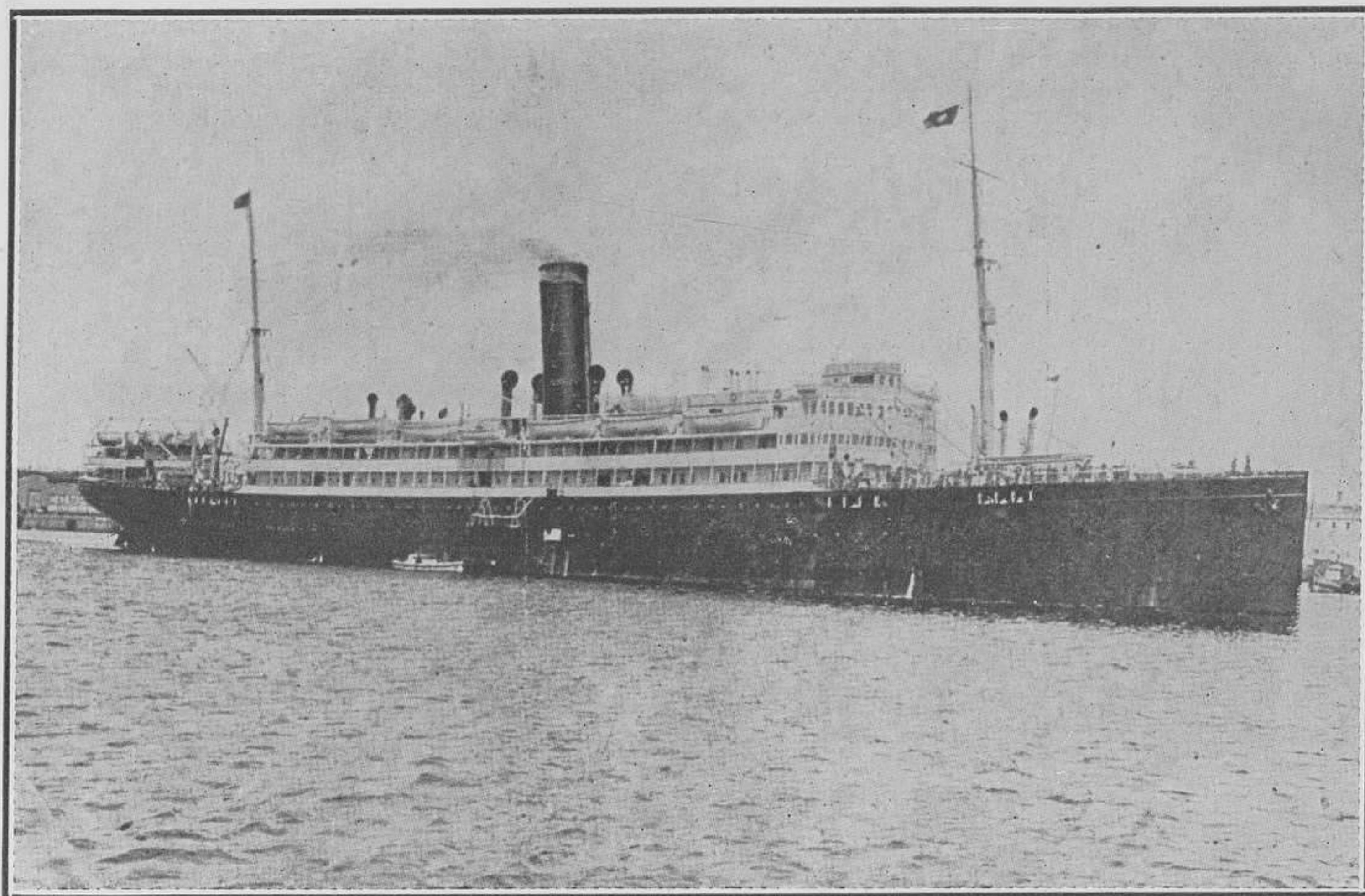
CRISTINA 19  
HABANA

Viadero y Delasca.



# Vapores Correos de la Compañía Trasatlántica

(ANTES DE A. LOPEZ Y CA.)



Vapor "REINA VICTORIA-EUGENIA"

## SALIDAS DE LA HABANA

Día 2 de cada mes para Veracruz.

„ 2 „ „ „ „ Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guaira, Ponce, San Juan de Puerto Rico, Canarias, Cadiz, Barcelona y Génova.

Día 17 de cada mes para Veracruz y Coatzacoalcos.

„ 20 „ „ „ „ Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

„ 30 „ „ „ „ New York, Cádiz, Barcelona y Génova.

PARA MAS INFORMES DIRIJASE A SU CONSIGNATARIO

**MANUEL OTADUY**

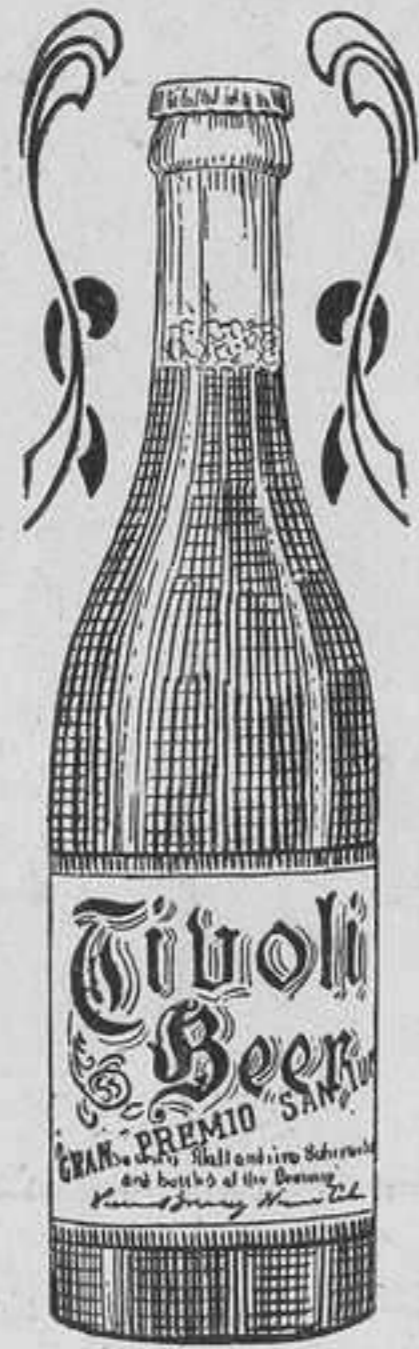
SAN IGNACIO 72, APARTADO 707 ————— TELEFONO A-6588 H A B A N A



# CERVECERIAS

## "LA TROPICAL Y TIVOLI"

CERVEZA  
CLARA  
**Tivoli**  
EL MEJOR  
REFRESCO



DEME  
MEDIA  
**TIVOLI**  
DE VENTA  
EN TODAS  
PARTES

Gutierrez

Cerveza  
CLARA

**TROPICAL**  
REINA  
DE LAS  
CERVEZAS



Deme  
media  
**TROPICAL**  
De Venta  
en todas  
partes

Gutierrez

**Maltina**  
**TIVOLI**  
EL MEJOR  
TONICO



RECONSTITUYENTE  
INMEJORABLE  
PARA  
CRIANDERAS  
Y  
NIÑOS  
PEDIDOS  
TEL. { I 1038  
I 1041

Gutierrez

OFICINA Y ADMINISTRACION  
CALZADA DE PALATINO